

«Si los poetas como Walser se contaran entre los espíritus que gobiernan, no habría guerras. Si tuviera cien mil lectores, el mundo sería mejor. Sea como fuere, el mundo está justificado por haber gente como Walser.» —Hermann Hesse.

Historias, publicado en 1914, constituye una excelente muestra de la obra narrativa breve de Robert Walser —uno de los más importantes escritores en lengua alemana del siglo XX—, en la que se encuentran recogidos relatos tan indispensables como «Kleist en Thun», «Paganini», o «Extraña ciudad».



Robert Walser

Historias

ePub r1.2

Titivillus 18.06.2020

Título original: Geschichten

Robert Walser, 1914

Traducción: Juan José del Solar

Ilustración de portada: Karl Walser (cubierta de la primera edición de *Historias* , Kurt Wolff, Leipzig 1914)

Retoque de portada: AlNoah

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Seis historias breves

1. De un poeta

Un poeta se inclina sobre sus poemas: ha hecho veinte. Pasa una página tras otra y descubre que cada poema despierta en él un sentimiento muy particular. Se devana penosamente los sesos tratando de averiguar qué es lo que planea por encima o en torno a sus poesías. Presiona, mas no sale nada, golpea, mas no logra sacar nada, tira, pero todo sigue tal cual, es decir, oscuro. Se apoya sobre el libro abierto entre sus brazos cruzados y rompe a llorar. Yo, en cambio, el pícaro autor, me inclino ahora sobre su obra y descubro con infinita indeliberación en qué consiste el problema. Se trata simple y llanamente de veinte poemas, uno de los cuales es sencillo, otro pomposo, otro mágico, otro aburrido, otro conmovedor, otro delicioso, otro infantil, otro muy malo, otro bestial, otro inhibido, otro ilícito, otro incomprensible, otro repugnante, otro encantador, otro comedido, otro extraordinario, otro esmerado, otro abyecto, otro pobre, otro inefable y otro que ya no puede ser nada más, porque sólo son veinte poemas distintos que en mi boca han encontrado una valoración, si no precisamente justa, al menos rápida, lo que para mí supone siempre el mínimo esfuerzo. Una cosa es, sin embargo, segura: el poeta que los escribió aún sigue llorando, inclinado sobre el libro; el sol brilla encima de él; y mi risa es el viento que corre impetuoso y frío entre sus cabellos.

2. Laúd

En el laúd toco recuerdos. Es un instrumento insignificante, con un sonido que es siempre uno y el mismo. Es un sonido unas veces largo, otras breve, otras remolón, otras ligero. Respira pausadamente, o bien se supera a sí mismo dando un presuroso brinco. Es triste y alegre. Lo único extraño es que cuando suena melancólico, me hace reír, y cuando es alegre y salta, no puedo evitar el llanto. ¿Ha habido alguna vez un sonido semejante? ¿Alguna vez se ha tocado instrumento tan extraño? Apenas se lo puede coger en la mano; las manos, aun las más suaves y delicadamente formadas, son demasiado toscas para hacerlo. Tiene cuerdas de una figura y tenuidad inefables. En comparación, los cabellos son cabestros. Hay un chiquillo que sabe tocarlo; y yo, que tengo tiempo para tumbarme con el oído atento, me pongo a escucharlo. Toca día y noche, sin pensar en comer ni beber, hasta muy entrada la noche y en pleno día. De la mañana a la noche y de la noche a la mañana. El tiempo, para él, no tiene otra misión que la de pasar

rozándolo como un sonido. Y así como yo lo escucho tocar, él, cuando toca, escucha todo el tiempo a su amada, el sonido de su instrumento. Jamás enamorado alguno ha escuchado con tanta fidelidad, con tanta constancia. Qué dulce es prestar oído al que es todo oídos, observar al enamorado, sentir al olvidado junto a uno mismo. El chiquillo es el artista; el recuerdo, su instrumento; la noche, su espacio; el sueño, su tiempo; y los sonidos a los que da vida son sus solícitos criados, que hablan de él a los ávidos oídos del mundo. Yo soy sólo oído, un oído indeciblemente emocionado.

3. Piano

No sé cómo se llama el muchacho que tiene la suerte de tomar clases de piano con una maestra tan bella y majestuosa. En este momento está estudiando ejercicios de velocidad en las teclas, guiado por las manos más bellas del mundo. Las manos de la dama se deslizan sobre el teclado como cisnes blancos por el agua oscura. Expresan ya con suma gracia algo que los labios dirán luego. El muchacho está envuelto en una distraída vagarosidad que la maestra parece no querer advertir. «Toque esto»; pero él lo toca indescriptiblemente mal. «Vuelva a tocarlo»; pero él lo toca incluso peor que antes. Pues nada, debe volver a tocarlo; pero lo toca mal. «Es usted un perezoso». Aquel a quien dicen esto rompe a llorar. Y la que se lo dice sonrío. Tiene la cabeza apoyada en el piano el que debe oír estas palabras. Y ella le acaricia los suaves cabellos castaños, la que ha debido decírselas. Y el muchacho, que bajo las caricias despierta de su vergüenza, besa entonces la tierna mano, blanca y muy distinguida. Y la dama le rodea el cuello con sus espléndidos brazos que, suavísimos, son las tenazas adecuadas para un abrazo. Y ella se deja besar y los labios del querido muchacho sucumben a un beso de la amable dama. Y las rodillas del besado no encuentran nada más urgente que hacer que derrumbarse como briznas de hierba rendidas, y los brazos del arrodillado nada más sencillo que abrazar, a su vez, las rodillas de la dama. También éstas tambaléanse y los dos, la bondadosa y bella señora y el jovenzuelo pobre y sencillo, son ahora un solo abrazo, un beso, un derrumbarse, una lágrima... y, lo que es más: una inesperada y terrible sorpresa para alguien que en aquel momento abre la puerta de la habitación, poniendo fin tanto a la dulzura del olvidado amor de ambos como al relato del mismo.

4.

Ahora recuerdo que una vez vivía un poeta pobre, muy agobiado por sus estados de ánimo, que, habiendo contemplado a sus anchas la naturaleza libre y divina, tomó la decisión de dejar poetizar sólo a su fantasía. Estaba sentado una tarde, un mediodía o una mañana, a las ocho, a las doce o a las dos, en el oscuro espacio de su habitación, y

decía a la pared de la misma: «Pared, te tengo en mi cabeza. No te empeñes en engañarme con tu fisonomía extraña y tranquila. A partir de ahora serás prisionera de mi fantasía». Luego dijo lo mismo a las ventanas y a la lóbrega vista que éstas le ofrecían día a día. Tras lo cual, espoleado por su sed de aventuras, emprendió una excursión que lo llevó por campos, bosques, prados, aldeas y ciudades, sobre ríos y lagos, siempre bajo el cielo hermoso. Pero a los campos, prados, caminos, bosques, aldeas, ciudades y ríos no dejaba de decirles: «Muchachos, os tengo firmemente anclados en mi cráneo. No sigáis creyendo que me impresionáis». Luego volvió a casa y empezó a decir para sí solo, riéndose: «Los tengo a todos en la cabeza, a todos». Cabe, pues, suponer que aún los tiene allí dentro, de donde (¡cómo me gustaría ayudarlos!) no saldrán nunca más. ¿No es ésta una historia rebosante de fantasía?

5.

Érase una vez un poeta tan enamorado del espacio de su habitación que se pasaba el día entero sentado en su sillón y empollaba las paredes que tenía ante sus ojos. Retiró los cuadros de aquellas paredes para que ningún objeto lo distrajese o lo indujese a contemplar algo que no fuera una pequeña pared, manchada y poco amable. No puede decirse que estudiara adrede aquel espacio, sino que —preciso es confesarlo— yacía, con la mente en blanco, en los lazos de un insondable ensueño, en el que su estado de ánimo no era alegre ni triste, ni jovial ni melancólico, sino tan frío e indiferente como el de un loco. Pasó en aquel estado tres meses, y el día en que empezaba el cuarto, ya no pudo levantarse de su asiento. Estaba pegado a él. Esto es algo extraño y hay cierta inverosimilitud en la promesa del narrador, quien asegura que a continuación vendrá algo todavía más extraño. Pues resulta que, en aquellos días, un amigo de nuestro poeta fue a buscarlo a su habitación y, al entrar en ella, cayó en la misma ensoñación ridícula o melancólica de la que el otro era presa. Tiempo después le ocurrió la misma desventura a un tercer poeta o novelista que llegó a interesarse por su amigo, y así fueron cayendo uno tras otro seis poetas que vinieron a preguntar por su amigo. Y ahora están los siete en ese pequeño espacio oscuro, lóbrego, frío, poco amable y vacío, y fuera está nevando. Están pegados a sus asientos y nunca más harán, sin duda, un estudio de la naturaleza. Sentados, miran fijamente ante ellos, y la amable carcajada que premia esta historia no consigue liberarlos de su triste encantamiento. ¡Buenas noches!

6. El lugar bonito

Aunque dude de su verosimilitud, la historia me divirtió muchísimo cuando me la contaron, y aquí la ofrezco ahora como mejor puedo, con

la única condición, eso sí, de que no me interrumpieran hasta el final con ningún bostezo.

Había una vez dos poetas, uno de los cuales se llamaba Emanuel y era un joven muy nervioso y sensible. El otro, de naturaleza más cerril, llamábase Hans. Emanuel había descubierto, en el bosque, un rincón a salvo de todo el mundo en el que solía hacer poesías muy a gusto. Con este fin escribía versitos juiciosos y sin importancia en una libreta que heredara de su abuelo, y parecía muy contento con esta ocupación. Y, en verdad, ¿por qué no habría de estarlo? El lugar en el bosque era tan silencioso y agradable, el cielo encima de él tan azul y sereno, las nubes tan amenas, los árboles de la orilla opuesta tan variados y de tan exquisito colorido, el prado tan suave y el arroyo que regaba aquel prado solitario tan refrescante que el señor Emanuel hubiera tenido que estar loco para sentir algo que no fuera dicha. Viéndolo poetizar candorosamente desde lo alto, el cielo sonreía sobre él tan azul y bello como lo hacía sobre los árboles del bosque; y la paz de aquel idilio parecía tan indestructible que la perturbación que se producirá de aquí a un instante, como rayo caído de cielo sereno, habrá de parecer bastante increíble. Pero el asunto es el siguiente: ya os he nombrado a Hans. Impelido por el azar, este segundo poeta deambulaba una vez por el bosque, cerca de aquel lugar solitario, cuando descubrió el rincón y a su ocupante, el hermano Emanuel. Al instante, y aunque jamás se hubieran visto antes, reconoció Hans al poeta en Emanuel, tal como un pájaro reconoce a otro en seguida. Se le acercó deslizándose por detrás y, para abreviar, diré que le asestó un golpe tan fuerte en la mejilla que el otro lanzó un grito y, sin volverse a ver quién lo había tratado así, puso pies en polvorosa tan rápido que se perdió de vista en un instante. ¡Hans había triunfado! Podía esperar haber ahuyentado para siempre a su rival de aquel bello y productivo lugar, y al punto se puso a meditar sobre la forma más eficaz de recrear la amenidad de ese solitario paraje del bosque. También él llevaba una libreta repleta de versos, malos y buenos, que esperaba publicar poco después. Sacó, pues, la libreta y se puso a garrapatear en ella mil y una tonterías, como suelen hacer los poetas para colocarse en el estado anímico adecuado. Pero parecía tener grandes dificultades para comprimir en tiernas sílabas la suave y plácida belleza del paisaje recién conquistado, y hacerlo de modo que aún pudiera asomar en ellas un atisbo de vida. Y mientras estaba en ésas, torturándose de aquella forma, una nueva aflicción le surgió por delante o por detrás, y era tal que también le echó a perder el paraíso que, como un perro gruñón, él le había arrebatado al otro. Entró entonces en escena una tercera persona en la figura de una poetisa. Hans, que alzó la vista asustado por el ruido, la reconoció en seguida como tal y no perdió un solo minuto en galanterías, sino que desapareció al instante como su predecesor.

Aquí se interrumpe el hermoso relato, y yo comprendo y apruebo perfectamente su impotencia, pues, al igual que él, sería incapaz de proseguir ahora que cualquier prosecución conduciría necesariamente al abismo de la infructuosidad. Pues ¿no sería infructuoso seguir canturreando el comportamiento de la poetisa tras haber celebrado ya a dos poetas? Me conformo con informar que la primera no encontró

nada bello en la belleza del paraje del bosque y nada singular en su singularidad, y desapareció tan silenciosamente como había aparecido. ¡Que el diablo se haga poeta!

Simón

Una historia de amor

Tenía Simón veinte años cuando, una tarde, se le ocurrió que, así como en aquel momento estaba tumbado sobre el blando y verde musgo a la orilla del camino, podría irse a otro lugar y hacerse paje. Gritó esto en voz muy alta al aire, hacia las copas de unos abetos que, no sé si será cierto o inventado, sacudieron sus fariseicas barbas y entonaron una carcajada muda, como de piñas de abeto, que ayudó a nuestro hombre a levantarse y lo espoleó a ser inmediatamente aquello que con incontenible apetito deseaba ser. Levantóse, pues, y echó a andar a la buena de Dios, sin preocuparse por la dirección geográfica.

¡Preocupémonos más bien nosotros de su aspecto exterior! Tiene un par de piernas largas, demasiado largas para un paje en ciernes y en camino, que confieren cierto aire de torpeza a su andadura. Sus zapatos están en mal estado, sus pantalones, idealmente desgastados, y su chaqueta, cubierta de manchas; su rostro es un rostro poco delicado, y su sombrero, para llegar a lo más alto, va adquiriendo lentamente esa forma a la que con el tiempo habrán de reducirlo un trato negligente y la pérdida del fieltro. Él, el sombrero, reposa sobre ella, la cabeza, como una tapa de ataúd corrida a un lado, o la tapa de hojalata de una vieja sartén oxidada. Pues realmente la cabeza es de un tono casi cobrizo y nada tiene que objetar a una comparación asartenada. De la espalda de Simón (nosotros, el relato, lo seguiremos ahora paso a paso) cuelga una vieja mandolina desolada, y vemos que él la coge en sus manos y empieza a puntear las cuerdas. ¡Oh prodigio! ¡Qué sonido argentino esconde aquel viejo y magro instrumento! ¿No es acaso como si adorables ángeles blancos tocaran violines dorados? El bosque es una iglesia, y la música que suena parece de un antiguo y venerable maestro italiano. ¡Qué tiernamente toca, con qué dulzura canta ese tosco muchachón! La verdad es que nos enamoraremos de él si no acaba pronto. Pero ya acabó, y tenemos tiempo para reponernos y tomar aliento.

«¡Qué extraño!», iba pensando Simón cuando salió de ese bosque para internarse en otro al poco rato, «¡qué extraño que en el mundo ya no haya pajes! ¿O será que tampoco hay ya damas grandes y hermosas? No lo creo, pues recuerdo que la poetisa de nuestra ciudad, a la que yo enviaba mis poesías, era lo suficientemente gorda, corpulenta y majestuosa como para necesitar un paje muy activo. ¿Qué hará ahora? ¿Seguirá pensando en mí, que la adoraba?». En compañía de tales ideas y sentimientos recorrió otro trecho de camino. Las praderas centelleaban como oro derramado cuando volvió a salir del bosque; en ellas, los árboles eran blancos, verdosos, verdes y tan llenos de savia que él no pudo evitar reírse. Las nubes, en el cielo, remoloneaban anchas y perezosas cual gatos bien estirados. Simón acarició mentalmente su piel suave y variopinta. Entre ellas, el azul era de una

frescura y humedad maravillosas. Los pájaros cantaban, el aire temblaba, el éter destilaba perfumes y a lo lejos se veían montes rocosos hacia los que nuestro joven echó a andar directamente. Ya empezaba a subir el camino, y la oscuridad a envolverlo todo. Simón volvió a coger la mandolina, con la que era un mago. Y el relato se sienta nuevamente detrás de él en una piedra, y escucha, totalmente perplejo. El autor, mientras, gana tiempo para descansar.

Fatigosa ocupación ésta de contar historias. Andar todo el tiempo detrás de aquel romántico muchachón zanquilargo, que toca la mandolina, y escuchar lo que canta, piensa, siente y dice. Y el tosco joven, el futuro paje, no para de andar y nosotros tenemos que ir tras él como si realmente fuéramos el paje del paje. Seguid escuchando, pacientes lectores, si aún tenéis oídos, pues varias personas harán pronto sus humildísimas reverencias. Será más divertido. Surge un castillo. ¡Qué hallazgo para un paje que busca castillos en ruinas! Y ahora revela tu arte, muchacho, o estás perdido. Y él lo revela. Le canta con una voz tan dulce y halagadora a la dama que se asoma al balcón del primer piso que el corazón de la señora no puede evitar conmoverse. Tenemos un oscuro castillo de cuento, tenemos rocas, abetos, pajes, no, sólo un paje, así es, nuestro Simón, que en este momento reúne en su graciosa persona, anteriormente descrita, a todos los adorables pajes del mundo. Tenemos canto y música de mandolina, tenemos la dulzura que el muchacho sabe arrancarle a su instrumento. Ya ha anochecido, las estrellas brillan, la luna arde, el aire besa, y nosotros tenemos lo que debemos tener a toda costa, una dama suave, blanca, que sonrío desde lo alto e invita a subir con un gesto de la mano. El canto se ha instalado en el corazón de la señora, porque es un canto muy sencillo, entrañable, dulce. «¡Sube, querido, bello, tierno y sensible joven!». Aún oímos el grito de júbilo, el sollozo de alegría que, por un breve instante, sale de la garganta del feliz muchacho y atraviesa la noche; vemos desaparecer su sombra, y ahora todo es ya silencio y sombra allí fuera.

El autor intenta arrancarle ahora a su atormentada fantasía lo que sus ojos ya no pueden ver. Ojos penetrantes tiene la fantasía. No hay muro de diez metros de ancho, ni sombra, por negra y venenosa que sea, que detenga su mirada, capaz de atravesar muros y sombras como una red. El paje voló por la ancha escalera alfombrada y, cuando llegó arriba, su graciosa señora estaba a la entrada, envuelta en el vestido blanco, e hizo entrar a Simón de la mano, sobre la que éste exhaló su cálido aliento. Rogamos nos ahorren la descripción de todo el besuqueo que siguió. Ningún punto de los hermosos brazos, manos, dedos y uñas quedó a salvo de aquellos ávidos labios rojos, que se hincharon totalmente en el curso del galante ritual. Por eso, y ahora lo advertimos, los pajes tienen siempre un par de labios que parecen las dos páginas de un libro abierto. Leamos tranquilamente lo que el lenguaje sigue contando allí dentro.

Después de poner freno al muchacho, la dama le contó en tono confidencial, un poco como se le habla a un perro inteligente, afectuoso y fiel, que estaba muy sola, que por las noches se instalaba siempre en el

balcón, que la nostalgia de algo inefable no le dejaba pasar ni una hora agradable y despreocupada. Apartóle a Simón las hirsutas greñas de la frente, le tocó la boca, palpó sus mejillas ardientes y dijo varias veces seguidas: «¡Querido muchacho! ¡Sí, tú serás mi criado, mi siervo, mi paje! ¡Qué bonito has cantado! ¡Qué mirada tan fiel la de tus ojos! ¡Qué bellamente sonrías tu boca! Hace ya tiempo que estaba deseando un muchacho así para matar el tiempo. Brincarás a mi alrededor como un corzo y mi mano acariciará al gracioso, pequeño e inocente corzo. Me sentaré sobre tu cuerpo moreno cuando esté cansada. ¡Ah...!».

Ruborizóse aquí un poco la distinguida dama y permaneció un buen rato mirando, en silencio, un oscuro rincón del aposento, que parecía muy suntuoso. Luego sonrió con benevolencia y, como tranquilizándose, se levantó y cogió en una de sus bellas manos las dos de Simón. «Mañana te vestiré de paje, querido paje. ¿Estarás cansado, verdad?», y, sonriendo, con su sonrisa le dio el beso de buenas noches. Luego lo condujo arriba, a una torre, al parecer, muy alta, y entraron en un pequeño y pulcro aposento. Allí volvió a besarlo y le dijo: «Estoy totalmente sola. Vivimos aquí totalmente solos. Buenas noches», y desapareció.

Cuando bajó Simón a la mañana siguiente, la blanca señora estaba de pie junto a la puerta, como si llevase ya un rato esperando pacientemente. Le tendió mano y boca, y dijo: «Te amo. Me llamo Klara. Llámame así cuando me desees». Se dirigieron a una habitación espléndida, enteramente alfombrada, con vistas a un bosque de abetos verde oscuro. Allí, en el respaldo ricamente tallado de una silla, veíanse prendas de vestir de seda negra, ropa de paje: «¡Ponte esto ahora mismo!». ¡Oh, qué cara de embobada felicidad y sincero entusiasmo habrá de poner nuestro Raspar, Peter o Simón! Ella le indicó por señas que se cambiase de ropa, salió a toda prisa, volvió sonriente a los diez minutos y encontró a Simón vestido de seda negra, como el paje que su fantasía debió de imaginar en momentos de ensoñación. Simón estaba muy guapo en su traje; su esbelta figura amoldábase admirablemente a la estrecha prisión del uniforme de paje. Y en seguida empezó a actuar como un paje, arrimándose tímida, aunque inconscientemente, al cuerpo de la dama. «Me gustas», murmuró ella. «¡Ven, ven!».

Siguieron jugando luego día tras día a la dama y al paje, y disfrutaban haciéndolo. Para Simón era algo serio. Pensaba haber encontrado su verdadero oficio, en lo cual no le faltaba razón. Que la amable señora se tomara en serio su amabilidad era algo que a él no se le ocurrió en ningún momento y en esto tampoco le faltaba razón. La llamaba Klara cuando se afanaba servilmente en torno a su voluptuoso cuerpo. Preguntas no le hacía, pues la felicidad, oh lector, no tiene tiempo para andarse con muchas preguntas. Klara se dejaba besar tranquilamente por él, como por un niño. Una vez le dijo: «Oye, soy casada, mi marido se llama Aggapaia. Un nombre diabólico, ¿verdad? Pronto regresará. ¡Oh, qué miedo tengo! Es muy rico. Es dueño del castillo, de los bosques, las montañas, el aire, las nubes y el cielo. No te olvides del nombre. ¿Cómo he dicho que se llama?». Simón tartamudeó: «Akka... Akka...».

«Aggapaia, mi querido muchacho. Y ahora duérmete tranquilo. El nombre no es un diablo». Y dijo estas palabras llorando.

Pasaron nuevamente algunos días, y al cabo de una o dos semanas, la dama y el paje se sentaron una tarde en el balcón del castillo. Ya estaba oscureciendo, y las estrellas, como enamorados caballeros, dejaban caer su brillo sobre la extraña pareja: la dama con un vestido moderno y el paje con traje español. Como solía hacer todas las tardes, éste punteaba las cuerdas de su mandolina, y el relato discute conmigo sobre qué cosa era más dulce, si el punteo de los ágiles dedos o los apacibles ojos femeninos que observaban al intérprete. La noche merodeaba como un ave de rapiña. La oscuridad iba en aumento, cuando, de pronto, ambos oyeron un disparo en el bosque. «Ya viene. El diablo Aggapaia está muy cerca. Tranquilo, muchacho. Te lo presentaré. No tienes nada que temer». Frunció, sin embargo, el ceño la que acababa de hablar, las manos le temblaron, suspiró y deslizó una breve carcajada entre la marea de angustia que se esforzaba por ocultar. Simón la observaba en calma; alguien gritó desde abajo: «¡Klara!». La señora respondió con un «sí» entrañable y extrañamente agudo. La voz replicó preguntando: «¿Con quién estás allá arriba?». «Es mi corzo, mi pequeño corzo». Al oír esto, Simón se puso en pie de un salto, abrazó a la temblorosa dama y gritó hacia abajo: «¡Soy yo, Simón! ¡Más de dos brazos no hacen falta para demostrarte, sinvergüenza que estás allí abajo, que soy un muchacho con el cual no se juega. Sube y verás, te presentaré a mi querida dueña y señora!». El diablo Aggapaia, que en aquel momento debió de sentirse un diablo muy necio, engañado y cornudo, se quedó abajo, aparentemente para pensar qué tipo de ataque exigía la situación tan peligrosa en que se encontraba. «Un crápula ciego, frío, insolente y desalmado es el que está allá arriba. Mi superioridad es dudosa. Tengo que pensar, pensar, pensar». También la noche, el extraño comportamiento de su esposa, la voz del «chiquilín ese de arriba» y ese enigmático algo que el diablo no sabía cómo definir, lo obligaron a reflexionar ciegamente. ¡Piensa!, parpadeaban las estrellas; ¡piensa!, graznaban los pájaros nocturnos; ¡piensa!, decían confusamente, aunque con suficiente claridad, las copas de los abetos al mecerse... «Está pensando», cantó la fresca voz del paje, feliz de su victoria. Y aún sigue pensando el pobre y negro diablo Aggapaia, firmemente aferrado a su reflexión. Simón y Klara son ahora marido y mujer. ¿Cómo?, lo dirá un poco más tarde la historia que, ya casi sin aliento, necesita aquí un descanso.

Dos historias

El genio

Una noche gélida, Wenzel, el genio, estaba en la calle con un traje ligero, ligero, ligerísimo, y pedía limosna a los transeúntes. Damas y caballeros pensaban: «Dios mío, si es todo un genio, bien puede permitírsele. Los genios no se resfrían tan deprisa como el común de los mortales». Wenzel durmió aquella noche en el portal del palacio real y, oh sorpresa, no se congeló. Los genios no se congelan tan fácilmente, por más frío que haga. A la mañana siguiente pidió ver a la joven y hermosa hija del rey. Llevaba puesto el mismo traje y su aspecto inspiraba lástima, pero los criados se daban codazos y se palmeaban las sesudas cabezas al tiempo que murmuraban: «¡Un genio, chicos, un genio!». Lo anunciaron a su señora y lo llevaron alegremente a presencia de la misma. Wenzel ni siquiera se inclinó ante la princesa porque, claro está, semejante gesto es impropio de un genio. La princesa, en cambio, haciendo gala debidamente de su propia magnanimidad, hizo una profunda reverencia ante el genio, me estoy refiriendo al joven Wenzel, y le tendió una blanquísima mano para recibir un goloso beso, tras lo cual le preguntó qué deseaba. «Comer», replicó el muy palurdo, pero su respuesta halló eco en seguida pues, a una señal de la benévola joven, trajeron un espléndido desayuno con vino de Porto, todo en bandejas de plata y botellas de cristal, dispuestas todas sobre un azafate de oro. El genio sonrió satisfecho al ver aquello, pues claro está que hasta los genios pueden sonreír satisfechos. La reina estuvo amabilísima, comió con Wenzel, que, fiel a su condición de genio, ni siquiera llevaba una corbata decente, se interesó por sus obras y bebió a su salud: todo con una gracia candorosa y dulce que era muy propia de ella. Por primera vez en su desquiciada vida fue el genio totalmente feliz, pues, claro está: también los genios tienen a menudo la fina y, por lo demás, humanísima propiedad de ser felices. Entre otras cosas, Wenzel declaró en la sobremesa que tenía en mente revolucionar el mundo al día siguiente o subsiguiente. La hija del rey, que, comprensiblemente, se asustó muchísimo al oírlo, precipitóse fuera de la habitación, angustiada y chillando adorablemente como un ruiseñor espantado, y abandonando al genio a merced de su genio, le contó todo a su padre, el señor príncipe regente del país. Éste, a su vez, exhortó a Wenzel a alejarse de allí con la mayor celeridad posible, petición que fue atendida. Y hete aquí a nuestro genio otra vez en la calle, sin nada que comer, cosa que, por lo demás, todo el mundo le perdona con gusto por tratarse de un genio tan malhumorado; y él no sabe qué hacer de pura pena. En ese instante acude en su ayuda una idea ágil y genial (todas las ideas geniales son extremadamente ágiles). Hace nevar con tanta intensidad e insistencia que, en poco tiempo, el mundo entero queda

sepultado por la nieve. Y él, el genio, se tumba sobre la dura costra de nieve helada, y tiene y cultiva la nada desagradable sensación de que debajo de él yace un mundo enterrado. Se dice a sí mismo que es un mundo de agobiantes recuerdos. Y se lo dice durante un rato largo, hasta que al final advierte que vuelve a tener ganas tanto de una buena comida terrenal (por ejemplo, la del Hotel Continental) como del maltrato de los hombres. El sol allá arriba tampoco es muy agradable que digamos, y estar allí tan solitario al sol... brrr... empieza a congelarse. En pocas palabras, hace desaparecer nuevamente la nieve. Algo, sin embargo, ha cambiado en el mundo: ha surgido un flamante género de hombres que siente respeto por todo tipo de superhumanidad. Esto le gusta por un tiempo a Wenzel, hasta que deja de convenirle. Se lamenta, y los suspiros que brotan de su interior obtienen el reconocimiento general. Todos quieren ayudarlo e intentan convencerlo de que es el denominado genio de la humanidad, o que lo representa y personifica. Mas de nada sirve todo esto, pues no hay manera de ayudar a un genio.

Mundo

Una noche en que el viejo Herr Zerrleder llegó a su casa un poco tarde, su hijo, Herr Schlingel, se lo puso sobre las rodillas y le dio una paliza de padre y muy señor mío. «En adelante», dijo el hijo al padre, «no te volveré a dar las llaves de casa, ¿entendido?». No sabemos si la cosa fue entendida sin más ni más. A la mañana siguiente, la madre recibió de su hija una sonora bofetada (resonante sería la palabra exacta), por haber pasado demasiado tiempo ante el espejo. «La vanidad», dijo la indignada hija, «es una vergüenza en gente tan mayor como tú», y mandó a la pobre a la cocina. En la calle y en el mundo sucedían las siguientes cosas inauditas: las chicas perseguían a los chicos por las esquinas, importunándolos con sus proposiciones. Algunos de estos jovencuelos perseguidos enrojecían al oír las atrevidas palabras de las damitas que los abordaban. En pleno día, una de esas damas atacó abiertamente a un hijo de burgueses, de conducta y reputación intachables, que se dio a la fuga chillando. Yo mismo, más desenfrenado y menos virtuoso, me dejé pescar por una jovencita. Me resistí un poco al principio, aunque sólo por coquetería premeditada, con la que sólo excité más a la fogosa muchachita. Tuve la suerte de que me dejara plantado, lo cual me gustó, pues sólo me apasionan las grandes damas. En la escuela, los maestros no supieron su lección ni siquiera a la séptima u octava vez, en vista de lo cual fueron detenidos. Rompieron a llorar, pues les hubiera encantado pasar la tarde bebiendo cerveza, jugando a los bolos o entregados a otras gamberradas. En las calles, los peatones hacían aguas contra las paredes sin el menor asomo de vergüenza. Los perros que casualmente pasaban junto a ellos se escandalizaban con toda la razón al verlos. Una señora noble llevaba a un lacayo con botas y espuelas sobre sus tiernos hombros; una criada de piel rubicunda se paseaba en calesa descubierta con el duque del país: sonreía delicadamente con tres dientes movedizos. La calesa era tirada por varios estudiantes a los que un diestro látigo se encargaba de

aguijonear continuamente. Unos cuantos atracadores corrían detrás de un grupo de alguaciles a los que habían pillado en tabernas y burdeles antes de arrestarlos. El espectáculo atrajo a una multitud de perros que empezaron a mordisquear alegremente las pantorrillas de los detenidos. Es lo que ocurre cuando los alguaciles son indolentes. Sobre ese mundo lleno de picardías y pecados se derrumbó aquella tarde el cielo, sin ningún estrépito, no, más bien como un suave paño mojado, cubriéndolo todo. Ángeles vestidos de blanco deambulaban descalzos por la ciudad, sobre los puentes, y se reflejaban, vanidosos, aunque con gracia, en el agua fulgurante. Algunos diablos de negra e hirsuta pelambre llegaron con salvaje griterío, blandiendo sus tridentes en el aire para terror de todo el mundo y actuando, en general, con absoluto desenfado. ¿Qué puedo añadir aún? Cielo e infierno se pasean por los bulevares, en las tiendas negocian los bienaventurados con los condenados. Todo es caos, algarabía, garganteo, carreras, persecuciones y hediondez. Hasta que Dios se apiadó de este mundo vil. Tras muchas vacilaciones decidió guardar en su saco a esa Tierra que otrora fabricara en una sola mañana. El instante (por suerte sólo fue un instante) fue realmente aterrador. El aire se volvió de pronto tan duro o incluso más que la piedra. Trituró las casas de la ciudad, que entrechocaron como borrachos. Las montañas alzaron y hundieron sus anchas espaldas, los árboles volaron por el espacio como pájaros monstruosos, y el espacio mismo acabó derritiéndose en una masa amarillenta, fría, indefinible, que no tenía principio ni fin, ni medida ni cosa alguna, sino que era el Ya-no-más. Y sobre la nada tampoco estamos ya en condiciones de escribir algo. Afligido por su propia furia destructora, hasta el buen Dios acabó por diluirse y a la Nada ya ni siquiera le quedó el carácter que la definía y coloreaba.

Hombre de harina. Un cuento

Érase una vez un pequeño escenario con un telón negro. Al escenario saltó un hombre de harina blanco y empezó a bailar. No se oían sus pasos ni sus tacones, pues el piso estaba recubierto de gruesas alfombras. De pronto, el hombre de harina se quedó inmóvil, se llevó absurdamente un dedo a su nariz rojiza y puntiaguda, pareció pensar un rato y, por último, se puso a hacer visajes. Era su costumbre. El público lo conocía de sobra. Sabía cuándo llegaba aquello; llegaba puntual como las letras de cambio el día de su vencimiento. Un hombre de harina así dispone de una buena veintena de visajes. Lo único absurdo es que uno los conoce todos de memoria como los botones de su chaleco. La comicidad es un terreno acotado y hay pocos cómicos de gran cultura.

El hombre de harina no era culto. Provenía de una familia de maestros y él mismo era un vástago muy degenerado. Su familia, claro está, lo aborrecía. En otros tiempos, el hombre de harina despertaba grandes esperanzas, pero tal como están ahora las cosas, sólo despierta una media carcajada. Más que encontrarlo cómico, la gente lo compadece. Parece constreñido en su comicidad como un loco en su camisa de fuerza. Su aparición no hace reír sino a los insensibles; a los sensibles los hace más bien llorar de rabia.

El hombre de harina se esfumó totalmente; un esfumarse que debió ser una broma, pero fue como un paso en falso. ¡Pobre, pobre hombre de harina!

Llegó un chiquillo. Un chiquillo esbelto y delgado con un vestido muy blanco y ceñido. Un vestido con cuchilladas, braguetas y dobladillos de oro. Y una rosa púrpura y de grandes pétalos en el cinturón. Era una visión maravillosa. La gente exclamó ¡ah! Y en ese «¡ah!» había mucho amor y respeto y el máximo interés. Las mujeres encontraban extraordinario el vestido del chiquillo, así como su apostura. La rosa se balanceaba en el cinturón. Y, de pronto, el muchacho echó a volar por los aires sin que nadie lo hubiera visto tomar impulso, no como un acróbata, no, ¡cómo un ángel! Su caída del espacio al suelo fue algo incomparablemente hermoso. El primer paso en tierra fue a la vez el primer paso hacia los suaves y cadenciosos movimientos de una danza. ¡Cuánta gracia!, decían. ¡Y así y todo qué viril!, dijeron las damas. ¡Con la sencillez de un niño!, dijeron grandes artistas presentes entre el público. Una baronesa, la baronesa Von Wertenschlag, arrojó al bailarín un ramillete de violetas. El chico lo pescó al vuelo, cogiéndolo con la boca por el tallito. Todos celebraron su tierna y delicada habilidad. Es un joven Dios, el hijo de alguna diosa, repetían todo el tiempo.

De repente, una esfera roja salió silbando de entre bastidores, rodó hasta los pies del bailarín, que saltó sobre ella alzando ligeramente la

pierna, y la esfera se alejó rodando con el chiquillo hacia el foro que, al parecer, terminaba en un abismo. Y no se vio nada más.

Es el sol que se lo ha llevado, dijo una señora.

No, la luna, dijo un hombre.

No, su corazón, dijo una joven ruborizándose.

La madre de la joven la miró con asombro y cariño; luego cogió entre sus manos la cabecita, que acarició y besó.

Mientras, los camareros preguntaban si alguien quería cerveza.

¡Los muy tunantes!

Luego salió al escenario una dama muy alta, elegantemente vestida, y entonó algunas canciones. ¡Una canción es un dolor! No hay canciones alegres, sólo naturalezas o temperamentos alegres. Es lo que sintieron todos, y luego se fueron a casa.

La baronesa Von Wertenschlag subió a su carruaje con los ojos bajos y perdida en ensoñaciones. Un poeta la saludó cortésmente. El cochero partió en el acto. ¡Qué cochero más zafio!

Extraña ciudad

Érase una vez una ciudad. Sus habitantes eran simples muñecos. Pero hablaban y caminaban, tenían sensibilidad y movimiento y eran muy corteses. No se limitaban a decir «buenos días» o «buenas noches», sino que también lo deseaban, y de todo corazón. Tenía corazón aquella gente. Y eso que era gente de ciudad por los cuatro costados. Suavemente —y a regañadientes, como quien dice— se habían desprendido de su componente rústico y grosero. Su corte de ropa y su comportamiento eran de lo más refinado que un hombre de mundo o un sastre profesional hayan podido imaginar jamás. Nadie llevaba ropa vieja o raída ni excesivamente holgada. El buen gusto había impregnado a cada uno de los habitantes, no existía eso que llaman plebe, todos eran perfectamente iguales en cuanto a modales y educación, sin ser, no obstante, parecidos, lo que sin duda hubiera sido aburrido. En la calle sólo se veía, pues, gente bella y elegante, de noble y desenvuelto porte. La libertad era algo que sabían manipular, dirigir, frenar y conservar con sumo refinamiento. De ahí que nunca se produjeran transgresiones relacionadas con la moral pública. Y menos aún ofensas a las buenas costumbres. Las mujeres, sobre todo, eran estupendas. Su vestimenta era tan fascinante como práctica, tan hermosa como seductora, tan decorosa como atractiva. ¡La moralidad seducía! Por la noche, los jóvenes salían de paseo detrás de esa seducción, lentamente, como soñando, sin caer en movimientos presurosos ni ávidos. Las mujeres iban vestidas con una especie de pantalones, unos pantalones de encaje por lo general blancos o celestes que, por arriba, terminaban en un talle muy ceñido. Los zapatos eran altos y de color, del cuero más fino. ¡Era una delicia ver cómo los botines se ajustaban a los pies y luego a la pierna, y cómo ésta sentía que algo precioso la ceñía y los hombres sentían que la pierna lo sentía! Llevar pantalones ofrecía la ventaja de que las mujeres ponían su espíritu y lenguaje en su forma de andar, que, oculta bajo la falda, se siente menos juzgada y observada. Todo era, en general, un sentir único. Los negocios iban de maravilla, porque la gente era despierta, activa y honesta. Era honesta por educación y buen tipo. Complicarse unos a otros esa hermosa y fácil existencia no les hacía ninguna gracia. Dinero había suficiente y para todos, pues todos eran tan juiciosos que pensaban antes que nada en lo necesario, y todos facilitaban a todos el acceso al buen dinero. Domingos no había, como tampoco una religión por cuyos dogmas pudieran disputarse. Los lugares de esparcimiento eran las iglesias, en las que se reunían para meditar. El placer era para aquella gente una cosa sagrada, profunda. Que permanecían puros en el placer era algo evidente, pues todos tenían la necesidad de hacerlo. Poetas no había. Los poetas no hubieran podido decir nada nuevo ni edificante a gente así. También brillaban por su ausencia los artistas profesionales, pues la habilidad para cualquier tipo de arte se hallaba ampliamente difundida. Es bueno que los hombres no tengan necesidad de artistas para ser gente artísticamente despierta y talentosa. Y aquéllos lo eran, porque habían aprendido a proteger y

utilizar sus sentidos como algo precioso. No necesitaban buscar giros lingüísticos en los diccionarios porque ellos mismos poseían una sensibilidad fina, fluida, alerta y vibrante. Hablaban bien dondequiera que tuviesen la oportunidad de hacerlo; dominaban el idioma sin saber cómo habían llegado a hacerlo. Los hombres eran bellos. Su comportamiento correspondíase con su educación. Muchas eran las cosas que se deleitaban y ocupaban, pero todo guardaba relación con el amor por las mujeres guapas. Todo quedaba enmarcado en una relación delicada y ensoñadora. Se hablaba y pensaba con gran sensibilidad sobre cualquier cosa. Los asuntos financieros eran abordados con mayor tacto, nobleza y sencillez que hoy en día. No existían las denominadas cosas sublimes. Imaginarse alguna hubiera sido intolerable para aquella gente, sensible a la belleza del mundo existente. Todo cuanto ocurría ocurría con intensidad. ¿Sí? ¿De veras? ¡Qué tonto soy! No, no hay nada cierto de aquella ciudad y aquella gente. No existen. Son pura y simple invención. ¡Muévete, muchacho!

Y el muchacho salió a pasear y se sentó en el banco de un parque. Era mediodía. El sol brillaba a través de los árboles y salpicaba manchas en el camino, en las caras de los paseantes, en los sombreros de las damas, sobre el césped; era un sol muy travieso. Los gorriones retozaban saltarines, y las niñeras empujaban sus cochecitos. Era como un sueño, como un simple juego, como un cuadro. El muchacho apoyó la cabeza en el codo y se integró en el cuadro. Poco después se levantó y se fue. Claro que esto es asunto suyo. Luego vino la lluvia y difuminó la imagen.

El Greifensee

Es una mañana fresca, y, partiendo de la gran ciudad y del famoso gran lago, me pongo en marcha hacia el lago pequeño y casi desconocido. En el camino no me topo con nada con lo que no pueda toparse un hombre cualquiera en un camino cualquiera. Digo «buenos días» a unos cuantos segadores hacendosos, eso es todo; observo con atención las queridas flores, sí, eso es todo; y empiezo a hablar tranquilamente conmigo mismo, y, una vez más, eso es todo. No reparo en ninguna peculiaridad del paisaje, pues al caminar voy pensando que aquí ya no hay nada peculiar para mí. Sigo andando, y pronto tengo ya a mi espalda la primera aldea de casas grandes y anchas, con jardines que invitan al reposo y al olvido, con fuentes cantarinas, con hermosos árboles, patios, posadas y otras cosas que ya no recuerdo en este olvidadizo instante. Sigo caminando y ya sólo vuelvo a prestar atención cuando el lago reverbera por encima del follaje verde y las silenciosas cimas de los abetos; pienso: éste es mi lago, el lago al cual debo ir y que me atrae. De qué manera y por qué me atrae es algo que el amable lector sabrá si tiene interés en seguir mi descripción, que se da el lujo de saltarse caminos, prados, bosque, arroyo y campo hasta llegar al pequeño lago, donde se detiene conmigo y no cesa de maravillarse ante la inesperada y secretamente presentida belleza del mismo. Dejémosla hablar ahora a ella en su exuberante lenguaje de otros tiempos: es una quietud vasta, blanca, delimitada a su vez por una vaporosa quietud verde; es lago y bosque alrededor, es cielo, y cielo de un azul luminoso y medio atribulado; es agua, y agua tan parecida al cielo que sólo puede ser cielo y éste solamente agua azul; es una quietud dulce, azul, cálida, y una mañana, sí, una mañana preciosa, preciosa. No encuentro palabras, aunque tengo la impresión de usar ya demasiadas. No sé de qué debo hablar, pues todo es tan bonito, todo está allí por la pura belleza. Desde el cielo arde el sol en el lago, que se vuelve todo él sol donde se mecen suavemente las soñolientas sombras de la vida circundante. Nada lo perturba, todo es delicioso en la proximidad más nítida o en la más indiferenciada lejanía; todos los colores de este mundo se combinan en un mundo matinal encantado y encantador. Muy discretamente se yerguen, a lo lejos, los elevados montes del Appenzell; no son una fría disonancia, no, sólo parecen ser un verdor alto, remoto, difuminado, que forma parte de ese verdor tan extraordinario y suave que lo circunda todo. ¡Qué suave, qué intacto, qué plácido es este verdor gracias al cual este lago pequeño, casi anónimo, se vuelve a su vez tan suave, tan intacto, tan plácido! - De este modo habla la descripción, es cierto: una descripción entusiasmada, apasionada. Y ¿qué debo añadir aún? Yo debería hablar como ella si tuviera que empezar una vez más desde el principio, pues es realmente la descripción de mi corazón. En todo el lago no veo sino un pato silvestre que nada de un lado a otro. Rápidamente me quito la ropa y hago como el pato; me adentro nadando con gran alborozo hasta que mi pecho se empieza a agitar, los brazos se me cansan y las piernas se me entumescen. ¡Qué placer tan

grande es llegar al agotamiento por pura alegría! El cielo descrito hace poco, y con demasiada poca cordialidad, está encima de mí; y por debajo hay un abismo dulce y silencioso; y con el pecho angustiado y oprimido me afano por volver a tierra salvando el abismo, y una vez en la orilla me pongo a temblar y me río y no logro, casi no logro respirar. El viejo castillo del Greifensee me saluda desde la orilla opuesta, pero yo no estoy ahora para reminiscencias históricas; más bien me alegro pensando en la tarde y la noche que pasaré aquí, en este mismo sitio, y pienso una y otra vez qué aspecto tendrá el pequeño lago cuando la última luz del día tiemble sobre su superficie, o cómo será esto cuando arriba tiriten innumerables estrellas... y vuelvo a internarme nadando.

El incendio del bosque

Aún no se podía notar nada, pero de un momento a otro el monte quedó envuelto en rojas llamaradas. Las espléndidas e imponentes encinas caían calcinadas como frágiles cerillas, las blancas rocas se ennegrecían al ser lamidas por el fuego. Desde la ciudad, la gente observaba con prismáticos el ígneo espectáculo allá en lo alto, y en el lago, al pie de la montaña, el terrible incendio se reflejaba con espléndido colorido. Abajo, en las calles, los excitados habitantes corrían de un lado a otro gritando y agitando sus sombreros. Unos cuantos habían alquilado barcas y se dirigían al centro del lago para disfrutar de la visión a prudencial distancia; entre estos hedonistas había jóvenes poetas y pintores, y hasta un músico que dejaba actuar en su resonante mundo interior aquel mundo en llamas. Si más tarde llegó a componer con él una sinfonía es algo que hasta ahora no ha sido indagado. Claro está que ante un incendio natural de tales características los bomberos eran absolutamente impotentes; sonaban, sin embargo, las campanas y bocinas, y en los coches rebotaban las bombas de incendios junto con quienes las manejaban. Los concejales habían sido convocados a una sesión de urgencia a través de mensajeros o por teléfono y telégrafo. En los estanques tranquilos, recoletos, que dormitaban en antiguos jardines señoriales, el agua se iluminaba con manchas de fuego e incandescencia que todo el que pasaba junto a ellos no podía dejar de ver. El repiqueteo de campanas no tenía cuándo acabar. En lo alto, las llamas parecían poner en movimiento las campanas cada vez con mayor fuerza y violencia, de un lado para otro, provocando un fragor ininterrumpido, lanzando al vuelo varias como si de una sola y potentísima se tratase. Por ventanas que jamás se abrían, asomaba ahora la cabeza algún anciano o anciana, una criada fiel a la que nadie conocía, o un caballero de nariz aguileña y cabello blanquísimo, para ver, oír o hacer sabe Dios qué otra cosa. El invisible y familiar terror corría por las calles, llamaba a los viejos portales de más de un jardín, trepaba por las paredes y hasta golpeó en la frente a una señorita que estaba bordando junto a la ventana; el carpintero había dejado de cepillar; el cerrajero, de martillar; el zapatero, de clavar; el sastre, de coser; el peón de albañil, de remover tierra con su pala; el sepulturero, de excavar; el relojero, de pulir; el sabio, de estudiar; todos tenían ahora un nuevo e idéntico oficio: aguardar angustiados el final de la catástrofe. De las localidades circundantes, diseminadas por campos y colinas, fue llegando un rumor de piernas que corrían, de cabezas y brazos que se agitaban, de vehículos que saltaban, ciclistas que pedaleaban, mujeres que chillaban, niños que eran empujados, lloraban, caían y volvían a levantarse; en el paso a nivel hubo un atasco de personas, bicicletas e improperios hasta que el tren pasó y se pudo continuar. Siempre aquel campaneó y ese terrible color rojo, como si en algún lugar, en algún rincón perdido, el mundo hubiera sido incendiado por un pícaro grosero y sobrenatural, por algún dios; como si las campanas no hubieran podido tañer ni

repiquetear sin aquel rojo, y el día, cual rostro velado por una airada vergüenza, debiera quedar cubierto por esa ígnea rubicundez. A ratos parecía un grandioso y decorativo fresco escenográfico que representaba un incendio, hasta que algún ruido venía a sumarse y recordar la plástica y movediza realidad. Ahora el fuego parecía arder más en el cielo que en la tierra, a tal punto lo había enrojecido. A su lado, el sol poniente era como una lamparilla mate, incapaz de atraer un solo ojo sobre sí. Las señales del corno se interrumpían con frecuencia, como si tuvieran que tomar aliento para volver a sonar. A varias horas de camino, dijeron luego los periódicos, se veía ya el espléndido y triste cuadro, y los que estaban lejos, en remotas calles, plazas, avenidas, casas y puestos de trabajo, se daban un codazo y decían: «Oye, ¿qué será aquel resplandor allá a lo lejos?». Luego cayó la noche, pero nadie se atrevió a acostarse y dormir; se encendieron las lámparas en las habitaciones, y en torno a la mesa familiar se fueron instalando madre, padre, hijo, hija, hermano, niño, hermana, tía y cuñado, y comentaron el incendio del bosque y los terribles daños que había ocasionado. Mucha gente subió hasta la amplia zona del siniestro, que se extendía por toda la montaña y todavía silbaba, echaba humo y crepitaba al extinguirse. Al día siguiente, todo el mundo pudo ver una montaña no verde, sino negra y humeante; el hermoso bosque estaba calcinado, todos sus deliciosos rincones secretos, el musgo sobre las altas rocas, la espesura de plantas y arbustos, los enhiestos abetos y encinas con sus brazos cargados de dulce y verde follaje, todo aquello era un espectáculo desolador, y los daños materiales, una herida casi mortal. Jamás llegó a averiguarse quién provocó el incendio, pero se cree que pudieron ser colegiales que, desde siempre, solían recorrer aquel bosque con toda suerte de materiales para encender fuego. Un pintor hizo un cuadro sobre el tema; se llama Hans Kunz, es un borrachín y desprecia todas las buenas y gratas costumbres. El cuadro será colgado en el gran salón del ayuntamiento, en memoria de la gran calamidad que se abatió sobre el bosque, la montaña y la comunidad.

El parque

Hay soldados de guardia sentados en un banco junto al portal. Entro, las hojas secas caídas a tierra revolotean arremolinándose y se me acercan a rastras. Es algo extremadamente divertido y a la vez da que pensar; lo vivo da siempre mucho más que pensar que lo muerto y triste. El aire del parque me saluda; los miles y miles de hojas verdes de los altísimos árboles son labios que me dicen: «Buenos días. ¿Ya levantado?». Así es, yo mismo me asombro. Un parque semejante es como una habitación espaciosa, tranquila, apartada. Por lo demás, en un parque siempre es realmente domingo, pues la atmósfera es siempre un poquitín melancólica, y lo melancólico evoca vivamente el hogar; en realidad, domingos sólo hemos tenido en casa, donde fuimos niños. Los domingos tienen algo indefiniblemente paterno-infantil. Avanzo bajo los árboles altos y hermosos; ¡qué rumor tan suave y amigable! Sentada en un banco, sola, una joven hunde la punta de su parasol en el suelo, mantiene agachada la bella cabeza y está ensimismada. ¿Qué estará pensando? ¿Querrá conocer a alguien? Se abre una larga alameda verde claro, gente aislada me sale al encuentro, mientras que los bancos se ven escasamente ocupados. ¡Cómo puede brillar el sol, y por nada! Besa los árboles y el agua de la laguna artificial; yo observo una antigua barandilla y me río porque me gusta. Hoy en día está de moda pararse ante las viejas barandillas de hierro y admirar su sólida y graciosa ornamentación, lo cual es un poco tonto. Prosigo. De pronto me topo con un conocido, es Kutsch, el escritor; aunque lo saludo amablemente, no me reconoce. ¿Qué tendrá? Por lo demás, yo siempre creí que se había marchado a las colonias africanas. Me acerco a él a toda prisa, y hete aquí que desaparece; así es, no ha sido más que una absurda ilusión mía, el sitio bajo la gran encina donde me parecía haberlo visto está vacío. ¡Un puente! ¡Con qué magia refulge y centellea el agua bajo el sol! Pero aquí nadie viaja en barca, lo cual da al lago cierto aire soñoliento; es como si sólo estuviera ahí pintado. Llegan unos cuantos jóvenes. Es curioso cómo una mañana de domingo la gente se mira a los ojos como si tuviera algo que decirse, aunque se diga que no tiene absolutamente nada que decirse. Entre los árboles, un pequeño castillo de formas deliciosamente ligeras se eleva en el aire opalino. ¿Quién habrá vivido en él? Quizás una favorita, así lo espero, la idea es atractiva. Este lugar debieron de frecuentarlo tiempo atrás muchísimos grandes señores con carrozas y calesas y criados de libreas verdes y azules. ¡Qué abandonado y descuidado se ve ahora el noble edificio! Felizmente no le hacen mucho caso, pues si el arquitecto municipal viniera a restaurarlo con ayuda de unas gafas de erudito... pero permítanme pasar por alto esta idea sin ponderarla. ¡Adónde hemos ido a parar nosotros, el pueblo, pues sólo en sueños nos es dado poseer la belleza! Hay una anciana y un anciano sentados; paso a su lado, también junto a una joven que está leyendo; no es muy correcto iniciar una aventura galante con las palabras: ¿Qué lee usted, señorita? Camino bastante rápido y de pronto me detengo; ¡qué bello y silencioso

es un parque así, lo transporta a uno al paisaje más remoto, a Inglaterra o a Silesia, uno es latifundista y no es absolutamente nada! Pero es sobre todo bello cuando aparentemente no se siente la belleza y es sólo algo como todo el resto. Contemplo un momento el río tranquilo, casi verde. Por lo demás, todo es tan verde, y tan gris, realmente un color como para dormirse, para cerrar los ojos. A lo lejos, cercado por hojas, se ve el vestido azulino de una señora sentada. Aquí tampoco puede uno fumar cigarrillos; una joven suelta una carcajada, va entre dos muchachos, uno de los cuales la tiene abrazada. Nuevamente se ve una alameda, ¡qué bella, qué tranquila, qué extraña! Una anciana me sale al encuentro, un rostro fino y pálido, enmarcado en negro, con un par de ojos viejos, inteligentes. Sinceramente, encuentro fabuloso que una anciana camine sola por una alameda verde. Llego a un bancal lleno de flores y plantas, donde hay un judío sentado en un precioso banco, a la sombra. ¿Habría sido mejor de haber sido un germano? Entre las flores se alza una pequeña estatua, es un bancal redondo en torno al cual empiezo a girar lentamente; vuelve a acercarse la joven que ahora lee caminando, estudia francés a media voz. Ese prodigioso tedio que hay en todo, ese retraimiento soleado, esa medianía y somnolencia entre el verdor, esa melancolía, estas piernas, ¿de quién son? ¿Mías? Sí. Soy demasiado perezoso para hacer observaciones, miro mis piernas y sigo andando. Lo repito, los domingos sólo existen en las mesas y paseos familiares. El hombre adulto y solitario se ve privado de estos placeres y, como Kutsch, puede partir en vapor al África en cualquier momento. En general ¡qué gran pérdida es haber cumplido veinticinco años! Hay otras compensaciones, pero de momento prefiero no saber nada de ellas. Ahora mismo estoy en la calle, fumando, y entro en una taberna burguesa y al instante me adueño del entorno. «¡Qué hermoso parque! ¡Qué hermoso parque!», pienso entonces.

Ilusión

Al menos poseía un mapa que colgaba en la pared de mi escritorio y sobre el cual podía, cuantas veces tuviera ganas, recorrer el ancho mundo con la punta de la nariz o del dedo. La enorme y dispersa Rusia me fascinaba ya como cuerpo. En el centro de aquel poderoso cuerpo, como un punto fijo, hermoso, íntegro, quedaba la ciudad de Moscú, plateada por la nieve. Tirados por alegres caballos, diminutos y graciosos trineos volaban sobre la nieve a través de las extrañas calles. Magníficas, las luces brillaban en las ventanas de los palacios principescos cuando empezaba a oscurecer, y era estupendo ver asomarse a ellas figuras femeninas en apariencia dulces y hermosas. Canciones, antiquísimas canciones rusas impregnadas de melancolía nacional empezaron a fascinarme con su embrujo sonoro. Entré en una casa de placer y pude mirar de hito en hito a esas altivas mujeres rusas. Sonreían, pero era una sonrisa indeciblemente despectiva, como si amaran y despreciaran a la vez aquella vida. Se interpretaron bailes maravillosos; pinturas de fabulosa belleza ornaban las paredes de los salones de arriba abajo. No vi casi nada innoble, ya fuera porque los ojos se me llenaron de lágrimas ante aquel encanto visible e invisible, ya porque me alentaba el prejuicio de encontrarlo todo bello. Me senté a una de las mesas, ricamente servidas, y aguardé lo que debía venir. Gente alta y tocada con gorras empezó a servirme vinos; y de pronto avanzó hacia mí una dama, gran señora de pies a cabeza, que, convencida del decoro del que yo, feliz como estaba, hacía gala, se sentó a mi mesa haciendo una venia amable y de inefable gracia, y, en el lenguaje que todo enamorado entiende, me ordenó servirle una copa de vino. Bebía a sorbitos, como una ardilla. En el curso de nuestra conversación, yo empecé de pronto, cosa extraña, a entender ruso, y le pedí que me dejara besar su mano. Ella lo hizo y yo me estremecí de placer al poder posar mis labios en aquella dulce, pálida y blanca maravilla, pura como la nieve; era como absorber una nueva fe en Dios mediante el contacto y el movimiento a los que me entregué con toda la fuerza y el placer de mi alma. Ella sonrió y me trató de persona simpática. Y luego, luego, ay mísero de mí, desvaneciéndose todo aquello y volví a hallarme sentado en la habitación donde estaba escribiendo, absorto en mis pensamientos. Nuevas ideas empezaron a invadirme, era como si tuviera que arrastrar peñascos. Ya era medianoche pasada; envuelto en la niebla de mis fantasías, me acerqué a la fría ventana abierta y me entregué a la visión de la quietud avasalladora.

Incendio en el teatro

Era aquélla una época singular. Más vale silenciar las peculiaridades del orden social entonces imperante, porque nos producirían demasiada cólera. Dondequiera que uno fuese reinaban una prodigalidad y una sed de placeres inauditas, además de un lujo sin igual. La personalidad lo era todo. Y todo le estaba permitido a la osadía y la ambición. El monedero dictaba las leyes. Pese a la miseria en que vivían los pobres, había tal cantidad de gente que a la vida del individuo no se le daba importancia alguna. Un cuerpo policial era tan inexistente a la sazón como una iglesia; el asesino podía asesinar impunemente; el ladrón, robar; el incrédulo, burlarse; el fuerte, triunfar; y el poder, lesionar cuando, donde y a quien quisiera. El puñal o la pistola en mano eran las únicas armas para repeler la injusticia. Eran tiempos en los que cada cual debía defenderse y hacerse justicia por sí solo. Y esa época terrible poseía, no obstante, una cosa: un teatro espléndido. Los actores parecían nobles y elegantes caballeros de rancio abolengo por la exquisitez de sus modales y el rebuscado refinamiento con que se movían en el escenario. También en lo tocante al lenguaje eran maestros selectos y muy experimentados. La pintura y la poesía alcanzaron su máximo florecimiento pese a los peligros de la cotidianidad; sí, hasta podría decirse que esas nobles flores lograron producir formas y perfumes de insuperable belleza debido quizás al desamparo mismo al que estuvieron expuestas. Y en primer lugar la arquitectura. Las ciudades parecían en aquellos tiempos cuentos de hadas arquitectónicos. Con encantadora gracia arqueábanse los delgados puentes sobre los numerosos y profundos canales. Las altas fachadas de las casas ponían de manifiesto un espíritu orgulloso y perverso, pero hermoso. Como ya se ha dicho.

Una noche, serían las diez más o menos, estalló un incendio en uno de los numerosos teatros de la capital de aquel reino, felizmente alejadísimo de nosotros, hombres modernos, y sepultado en remotos tiempos. «¡Socorro, fuego!», resonó de pronto un alarido de terror. El teatro estaba repleto hasta los topes de público; sobre todo las galerías, los llamados gallineros, parecían un pululante hormiguero. Aquello era un entrevero de cabezas, alientos y caras de gente de clase baja apiñada allá arriba. En los palcos veíanse príncipes y princesas de casas importantes, suntuosos personajes de pétrea y fría apariencia. También había gente del mundo financiero, que nunca falta dondequiera que aparezca la gentil nobleza, con sus esposas de senos prominentes y bien perfilados, que irradiaban holgura económica. Diamantes refulgían en los cuellos; perlas, sobre los desnudos brazos, y las flexibles manos, tachonadas de anillos, sostenían un abanico, un pañuelo de encaje o una copa entre los dedos. En el centro mismo del techo colgaba una espléndida araña que esparcía una luz cegadora. La orquesta estaba tocando. Quienes ya se habían hartado de contemplar lo que ocurría en el escenario se paseaban de un extremo a otro de los pasillos, alegres y

pensativos, emperifollados y guapos, austeros y sencillos, luciendo todas las tonalidades y andaduras imaginables. Y de pronto: «¡Fuego!, ¡fuego!». Nadie se preocupa en un momento así de las tonalidades.

En aquellos tiempos lamentables casi no existía un cuerpo de bomberos, pero lo que no había en absoluto eran medidas de precaución contra los incendios. Al principio, y como si de un ameno espectáculo se tratase, las llamas aparecieron en el escenario. Algunos espectadores se disponían ya a aplaudir y a gritar ¡bravo!, cuando de pronto advirtieron, ya fuera por la palidez de las caras vecinas, ya por alguna inaudible voz de terror, de esas que no suele percibir el oído, sino el alma, que lo de las llamas en el escenario iba en serio, que era un animal terrible con el cual no se podía jugar. Pero aún había quienes nada sabían del tigre que acababa de nacer allí de improviso y dominaba ahora la velada teatral. Los actores que estaban en escena empezaron a chillar y abandonaron precipitadamente el campo del arte, y pronto empezó a gritar también el público. En las galerías se irguió un nuevo tipo de monstruo: el pánico. Cada nuevo minuto parecía dispuesto a parir un nuevo monstruo. En uno de los palcos ocupados por la nobleza estaba apoyado en una columna dorada el caballero Josef Wirsich, uno de aquellos gentilhombres que suelen mirar serenamente y de hito en hito a la muerte segura. Aquel hombre terrible no hizo mueca alguna ni movió un solo músculo de su rostro, duro como el acero. Lanzó una indiferente mirada hacia el horror surgido en torno a él y permaneció inmóvil.

Y no se crea que en esos tiempos existían cortinas de hierro, persianas enrollables o cosas por el estilo. No, aquella gente no mostraba interés alguno por ese tipo de cosas. ¡Y ahora surgía una nueva bestia: el terror pánico! Ahora, hombre, desespera de las artes de tu civilización. No faltaron unos cuantos aturridos, desalmados y desesperados que, no vislumbrando ya ninguna salvación, se arrojaron desde la galería a la sala, la insensata cabeza por delante, cayendo sobre gente obligada a esperar de pie allí abajo, sobre mujeres que lanzaban gritos desesperados y desgarradores, sobre adolescentes a los que por primera vez en su vida les habían permitido ir al teatro. El desastre fue adquiriendo rasgos aterradores y al mismo tiempo ridículos. Dos o tres personas resultaron muertas antes de tiempo por el estruendo de los atroces gritos de pánico. La muerte descomponía su propio rostro en las muecas más divertidas y a la vez más tristes. Pero Josef Wirsich, típico hombre de esa época, seguía allí de pie, inmóvil, como si hubiera sido un dios capaz de conjurar el destino.

También había niños en el teatro. No temblemos; situémonos en aquel tiempo y no lloraremos la muerte de un niño inocente. Situémonos en ambas cosas: en la época y en el momento de la desgracia, y no encontraremos tan espantoso el horror que ya empezaba a generalizarse. Madres que aplastan a sus propios y amados retoños; hombres que arrancan mechones de cabello a sus hijos, y una hermosa chiquilla que fue atrozmente pisoteada. Estalló una lucha que las civilizaciones posteriores quizás nunca hayan vivido como parte de su vida cotidiana. Hubo mujeres que acabaron aplastadas contra columnas

y barandales, y, entretanto, la gente empezó a arder, a arder como arde el papel. Pero lo que ardía más terriblemente aún que las mujeres era el asfixiante júbilo interior que amenazaba con devorar a quienes se habían salvado y, fuera, en medio del frío y la escarcha invernales, se lanzaban en grupos de tres o cuatro sobre la crujiente nieve, golpeándose unos a otros de pura alegría. Muchos enloquecieron.

Cientos de angustiados se arrojaron a ciegas de las ventanas del primer, segundo y tercer pisos sobre la nieve dura, donde quedaron con las extremidades destrozadas. Algunos de los que así saltaron tenían alas de fuego, sus cabezas o manos estaban en llamas y parecían extraños pájaros capaces de chillar, mas no de volar. Cientos de personas quedaron hacinadas en la caja de la escalera formando un montón humeante del que emergían leños carbonizados. A través de uno de esos montones de cadáveres se abrió paso Wirsich; lo consiguió, empezó a arder él mismo, mas logró extinguir el fuego, avanzó dando manotazos a diestra y siniestra, con sus terribles fuerzas, quería vivir, de un momento a otro le vino la idea de que tenía que vivir, y salió vivo de las fauces de la muerte. Al llegar al aire fresco lo aguardaba una labor de salvamento. Empezó a aferrar en sus brazos de hierro a quienes se tiraban por las ventanas. La piel de la cara y de las manos le colgaba en jirones negros, y aquel hombre tuvo el valor, en cuanto se alejó del lugar del siniestro, de ir a casa de su amiga, la condesa Nidau, que en ese mismo momento daba uno de sus célebres banquetes. Cuando entró, la gente gritó al verle, pero él se rió y, besando la mano de su dama con los labios quemados, le pidió permiso para aplacar su sed con un vaso de vino.

Escena en la cárcel

María Estuardo : ¡Qué bello eres, Mortimer! ¡Y tan joven! Has conocido tarde a la reina de Escocia. No, calla. No digas nada. Sé perfectamente lo que quieres decirme, y sé incluso más: sé que me amas, y tú esto no puedes decirlo, lo manifiestas. ¡Qué hermosos ojos! Tienes los ojos inocentes de un tímido corzo, Mortimer. ¡Cómo besas la mano! ¡Aspira! Tu boca reza sobre mi mano. Has dado con la mujer adecuada; está acostumbrada a que la adoren. Siempre le ha gustado. Mi mano te ama, joven. No quieres ser joven, haces un mohín, ¡qué labios tan raros pones! Cuando te digo: «¡chiquillo!», eres el esposo de María, y ese esposo es un chiquillo. Yo dispenso a los hombres de cualquier obligación. Me aman, y ésa es su única fuerza. ¿Quieres desenvainar tu daga y maquinan conjuras? No lo hagas, aborrezco esa especie de valentía académica que aprendiste en Roma, has de saber que no me impresiona en absoluto. Cuando se tiene un aspecto tan fascinante como el tuyo, no hay necesidad de interpretar un papel en el mundo. Aprende a ser audaz a mis pies. Tus planes para liberarme me odian, pero el ímpetu de tus labios me ama y me libera de la cárcel. ¡Dámelo! ¡Dame besos! Tu boca es tu ataúd. Contempla esta mano. ¿Qué tal te sabe el efluvio? Postrado por el aroma de estas manos morirás uno de estos días. Tu último estertor, cuando yazgas por tierra bañado en sangre como tus envidiables predecesores, aún me agradecerá. Trata de que las cosas no lleguen tan lejos, no lo deseo; pero ¡dame otro más! No tan impetuoso. Saboreas muy poco. Chiquillo, has sido proscrito, no lo olvides. Llevas escrita en la frente tu inminente ruina. Sé cauto. No, así no. Aprende a insertar el respeto en la voluptuosidad. Compongamos una música muda, destronemos a la reina de Inglaterra. Arrodiíllate. Apoya tu cabeza en mi regazo. Así. ¡Oh, el esplendor de este palacio, la inexpugnabilidad de estos dominios! Soy bella, así lo siento. Tú eres fascinante, Mortimer, porque me haces sentir mis reinos. Gracias. ¡Qué dulce es acariciarte el pelo! Tus negros rizos arden. Tu amor postrado a mis pies sume a Isabel en la desesperación. ¿Qué haces? ¿Buscas a Dios? Por ahí nunca llegarás al final. Mejor déjalo. No lo hagas. No quisiera desacerar tu arrobamiento. ¡Qué miembros tienes! ¡Y qué nuca! Me da la impresión de que tuviera ojos y me mirara sedienta. Yo sé provocar sed. ¿Qué puede arrebatarme la arbitrariedad inglesa? ¿La libertad? Nada me es más inoportuno. ¿La felicidad? Yace a mis pies. ¿El despliegue del poder? Percibo el más sublime. ¿La tranquilidad? Soy amada. ¿La femineidad? Celebra triunfos. Contémplame, Mortimer. Y ahora levántate y vete. ¿No quieres? No me gusta ordenártelo. Tus deseos y apetitos aletean a mi alrededor como mansas palomas. Provoco inhibición por lo mismo que despido tanta impetuosidad. Mi ternura supera incluso a mi belleza. Sonríes. Quisiera verte muerto ahora mismo. Puedo aumentar los favores, pero no endulzarlos aún más. ¡Permanezcamos en silencio ahora! Reinemos en el no-sentir-ya-nada.

Una velada teatral

Me hallaba sentado en la galería del teatro de Z., a mi lado un vaso de cerveza semivacío, la punta de un puro entre los dientes, rodeado de estudiantes, obreros y gruesas mujerucas. El aire era ya casi asfixiante. Los ángeles de yeso en el techo del teatro parecían languidecer y sudar. De rato en rato me asomaba por el antepecho para ver qué ocurría en los bajos. Allí, sentados a las mesas y muy apretados, había jóvenes de buena familia, empleados bancarios, estudiantes con nobles cicatrices en sus caras de cuello almidonado, caballeros mayores y refinados, amantes del buen vivir, y damas de apariencia distinguida. En las butacas de terciopelo rojo de la primera fila se hallaba el gran mundo en pleno; creí poder distinguir a unos cuantos literatos más o menos respetables, entre otros a un periodista, un tipo que se promocionaba todo el tiempo con sus «paseos literarios». Lo conocía un poco. Parecía un honrado matarife de cerdos, aunque le gustaba contarse entre la gente refinada. Veíanse allí espléndidos sombreros femeninos y largos y nobles guantes que subían hasta por encima de los turgentes y flexibles codos. Del centro del techo colgaba una gran araña que lanzaba una luz radiante sobre el público. De pronto alguien se puso a dar golpes breves y duros en el piano, que resonó con la potente sonoridad de un órgano. El pianista tenía largos y ondulantes rizos negros en la cabeza, y un perfil muy hermoso. El permiso de observarlo no costaba nada. Su espléndida interpretación era un ángel de grandes alas que, severo e invisible, rozaba levemente con su plumaje los sentidos de espectadores y oyentes. Y luego se levantó el telón y la comedia empezó a desenredarse, como si hubiera sido una madeja de algodón tendida entre dos manos para ser devanada. La interpretaron con enorme soltura. El propio director tuvo a su cargo el papel protagónico. Durante las pausas yo me sumía en sonoras ensoñaciones. Me parecía que los audaces desnudos de piedra a ambos lados de la escena habían cobrado vida en sus pedestales. En realidad, todo esto debía de ser superfluo. El piano, maldito sea, me seguía salpicando de sonidos, veía las descarnadas manos del pianista-percutor bailar de un extremo a otro sobre las blancas teclas, y hubiera dado lo que sea por tener media hora de pausa. Debajo de mí, en primera fila, una señora de cierta edad se sonaba con un fabuloso pañuelo de encajes. Todo me parecía hermoso e infinitamente mágico. Los camareros me preguntaron si deseaba otra cerveza, y esta curiosa pregunta me pareció rarísima. ¿Qué clase de hombres eran éstos para abordar así a la gente y preguntarle si deseaba beber algo? Uno de los camareros lucía un bigote auténticamente hirsuto en la cara, sólo se veía el gran bigote engominado y, en el medio, un par de enormes ojos brillantes y oscuros. Centelleaban como luces en la oscuridad de un bosque. Había otro imberbe y de una palidez enfermiza, con una cara tan pavorosamente descarnada que sus pómulos sobresalían como los acantilados de una orilla rocosa. A éste le pedí un vaso de cerveza, pagué inmediatamente y me puse otro medio puro en la boca. El piano me lanzó entonces una

nueva y potente oleada a la cara, al pecho y a las mangas de la chaqueta, de suerte que me vi obligado a buscar un pañuelo alrededor para poder secarme. Pero los amarillentos rayos de la araña de cristal ya se habían encargado de hacerlo, de modo que pude estar tranquilo. En el intermedio hubo otra vez momentos en los que creí que mis dos ojos se habían vuelto un par de largas y delgadas varas y habían podido tocar la mano de una de las damas sentadas debajo de mí. Pero ella no pareció advertir nada y me dejó hacer lo que hice, algo francamente desfachatado. Muy cerca de mí se había sentado una criada de casa señorial, una graciosa muñequita, pequeña y de aspecto entrañable; le pregunté su nombre y me lo dijo en voz baja. En realidad me lo dijo más con los ojos y sus dos mejillas de un rojo incandescente que con la boca misma. Se llamaba Anna. Le pedí un vaso de cerveza y le lancé el humo a la cara, para hacerla reír. El brillo húmedo y negro de sus ojos evocaba dos relucientes bolitas de plata negra. Abajo, en primera fila, estaba la baronesa Anna von Wertenschlag, otra Anna, aunque una muy, muy distante. Del sombrero de la baronesa pendían hacia atrás, cual aves moribundas, largas plumas arqueadas. Temblaban como si sintieran algún dolor leve, inefable, humano. La dama llevaba un vestido negro azabache que se alargaba y abombaba poderosamente hacia abajo, ocupando el lugar de tres o cuatro personas; la flanqueaban dos jóvenes caballeros de aspecto, al parecer, poco peligroso. Parecía ensimismada. Volvió a levantarse el telón, y la alegre comedia de criadas reanudó sus bisbiseos. En el escenario, una burguesa enriquecida tuvo que besar la mano, tendida con indolencia y distinción, de una dama noble y empobrecida, pues así lo exigía la hermosa y tradicional costumbre. Pero luego, no bien desapareció la linajuda dama, la burguesa empezó a burlarse —no sin razón, por cierto— y escupió despectivamente sobre la alfombra de la antesala condal. Este comportamiento provocó en la galería un alud de carcajadas que testimoniaban simpatía. Alguien hasta gritó «bravo», probablemente un republicano hostil a la nobleza. Desde las regiones inferiores, más de un rostro se volvió hacia arriba, asombrado y levemente indignado, para ver quién era el plebeyo cuyo aplauso había sido tan inoportuno y chillón. Pero más les hubiera valido a los de abajo contener un poco su indignación, pues un instante después quedó claro que también entre ellos había héroes de la plebe. Al aparecer el director en el papel del marido, uno de los estudiantes fabulosamente bien vestidos y tan próximo al proscenio que casi lo rozaba con la nariz, lanzó una broma al escenario. La gente se rió, suponiendo que también el artista se vería obligado a sonreír por cortesía. Mas nada de eso; con la cara enrojecida por la ira y una indignación violentísima reflejada en el temblor de su voz, éste dirigió al público, acompañándola con gestos cargados de desprecio, la siguiente alocución: «Señoras y señores (“¿Qué querrá? ¿Qué tendrá? ¿Qué estará ocurriendo allí abajo?”), pensamos los del gallinero). Acaban ustedes de escuchar las ofensas de que he sido objeto. Si no se tratase, por un lado, de una banda de chiquillos inmaduros (toda la galería estiró el cuello), y, por el otro, no tuviese frente a mí personas respetables sentadas lado a lado, por Dios que, sin considerarme para nada un tigre, no, como hombre me precipitaría entre aquella turba y, uno tras otro, mandaría a los infiernos a todos esos infelices a bofetada limpia. Muchas cosas he visto y padecido en mi

carrera de artista, pero si un monito imberbe me escupe a mí, hombre ya mayor y casi a punto de concluir su carrera, perdonadme si...».

Y siguió actuando. Jamás en mi vida he vuelto a ver a nadie reprimir su propia cólera con tan espléndida grandeza de ánimo. En el teatro se hubiera podido oír volar una mosca. Casi me atrevería a jurar que oía latir los corazones de los espectadores. Gradualmente todos fueron olvidando el grosero incidente. Al parecer, el discutible estudiante se había levantado y, sin hacer ruido, había puesto pies en polvorosa, para lo cual tenía, sin duda, razones más que suficientes. El pecho de Anna había estado subiendo y bajando de emoción todo ese tiempo, y ahora ella misma sonreía. La comedia era tan apacible, tan vienesa, un producto bueno, antiguo, sólido. Iba engarzando en la trama a un buen número de jovencitas que buscaban todas un marido y al final, uno ya lo intuía, acababan encontrándolo. Gallardos oficinistas las galanteaban con sus sombreros veraniegos y armados de bastones de paseo, haciendo gala de modales edulcorados y un lenguaje exquisito. Gran bombo hacía un húsar con pantalones muy ceñidos y magníficas botas de montar. La acción transcurría alternativamente en un jardín, en un mísero cuartucho, en una carretera comarcal y en un salón de la alta sociedad. Para testimoniarle aprecio, todos agobiaron al director con aplausos, reacción sin duda necia y un tanto burda que, sin embargo, debió de halagar al mimo. Después de todo, esa gente sabe hacer diferencias y tiene ideas propias al respecto. Luego hubo otro intermedio y la música volvió a golpearme el cráneo de tal modo que, espontáneamente, abrí la boca para escuchar. Anna, la camarera, empezó a chismear sobre las costumbres de sus patronos, enfatizando, claro está, los aspectos ridículos; yo escuchaba muy atentamente la música y sólo a medias el cotilleo. Volvió el calor a anunciarse opresivamente sobre las frentes y bajo las axilas. Los camareros empezaron a recoger los vasos de cerveza con gestos nada amables, y allá abajo, en torno a las anchas faldas de Anna von Wertenschlag, los muy pillos susurraban, rondaban y bailoteaban, pues sabían perfectamente dónde podía haber propinas. La galería entera sudaba, hervía, echaba humos y vapores. Las mujerucas gordas ya estaban pegadas con faldas y enaguas a las sillas plegables barnizadas de marrón, y se lo decían unas a otras chillando de terror y de satisfacción. Muchos se enjugaban el sudor de la frente. Anna von Wertenschlag levantó la cabeza hacia unas alturas salpicadas de rostros. ¡Qué maravilla de ojos! Luego vino el último acto, y después todo el mundo a casa. Mientras salíamos, el pianista tocó una vez más. Las escaleras temblaban bajo los pesados y ruidosos pasos. Bellas, grandes, melodiosas, las olas de «buenas noches» y «hasta pronto» iban rompiendo tras de mí. Fuera estaba lloviendo. Y la baronesa subió al coche, que partió en seguida.

Teatro de gatos

Un dormitorio

Es medianoche pasada. En una cama duerme Muschi, una gatita negra como el azabache, entre blanquísimos almohadones de encaje. Como suelen hacer los niños pequeños, Muschi duerme con la boquita abierta. Ha puesto una de sus patas bajo la cabeza, mientras la otra cuelga del borde de la cama. Son dos patitas preciosas. En la habitación reina un silencio mágico, y un aroma peculiar emana de ella, parecido al que saldría de una cocina para niños en la que estuvieran horneando algo muy dulce y sabroso. También sale un olor principesco que se expande por la platea. Sobre una mesita de noche arde una luz minúscula, parecida a una flor de cerezo, que difunde un resplandor suave y rojizo en dirección a la cama. Muschi está soñando, uno lo advierte porque a ratos contrae la patita y parpadea ligeramente. Las ventanas del dormitorio están enmarcadas por cortinajes de encantadora pulcritud, densos como la nieve. Lo cual también tiene algo decididamente infantil y florido. Mesa, cómoda, sillón y armario han sido distribuidos agradablemente y con total naturalidad en el espacio. La ropa de Muschi descansa en una silla, junto a la durmiente.

De pronto se abre una de las cortinas, y un ladrón, es decir un gran gato disfrazado de capitán de bandoleros, salta sin hacer ruido y, mirando con cuidado a todos lados, se desliza dentro por la ventana. Lleva puestas unas botas de montar, un alto sombrero terminado en punta, y armas al cinto. Su barba y sus salvajes ojos son terribles, y sus movimientos son, realmente, los de un facineroso consumado. Se acerca a la cama, coge por el copete a la pequeña y desprevenida Muschi, la saca de los almohadones, la envuelve en un trapo y mete luego aquella cosa que se revuelve y quiere gritar y no puede, en un gran saco especialmente preparado para ella. Sonrisa y ronroneo de satisfacción. La orquesta toca una melodía ora quejumbrosa, ora suave y picarescamente triunfal. Dentro, en el otro cuarto, una voz empieza a llamar: ¡Muschi! ¡Muschi! Parece un canto muy arrastrado. Con canallesca destreza gira el ladrón sobre sus tacones y salta por la ventana. Un momento después se abre una puerta y entra el ama de Muschi, envuelta en un holgado camisón. Una especie de Hedwig Wangel^[1] en versión gatuna. Se queda de una pieza y quiere maullar. Pero ya es una gata de cierta edad y el terror le ha paralizado las extremidades y la voz. Cae desvanecida mientras gesticula penosamente. Luego se recupera y abandona la habitación lanzando unos maullidos que, a decir verdad, más parecen gritos humanos.

Paisaje fluvial con torre

En la torre, arriba de todo, arde una luz. Ha anochecido y brama un viento tempestuoso. Sale a escena el ama con un paraguas bajo el brazo. Tras dar unos cuantos pasos hacia el público, se detiene, exhausta, al parecer, por el largo peregrinaje, saca del bolsillo de su vestido un pañuelo con puntitos rojos e inicia un conmovedor sollozo de varios minutos de duración. Entre otras cosas se suena la nariz achatada de gata, como suelen hacer las ancianas que lloran. Abandonó su casa para buscar a la raptada Muschi, y ya lleva diez largos años buscándola. Ya habla diez idiomas diferentes, porque ha viajado por diez países extranjeros. En casa está la distinguida mamá de Muschi y no come ni bebe casi nada, pues no logra acostumbrarse al dolor de haber perdido a su única hija. Y el ama, sin hacer mohín alguno ni decir palabras superfluas, se pone sus burdos zapatos de caminante y echa a andar sobre sus viejas piernas hasta aquella horrible torre. Va gritando por todas partes: ¡Muschita, Muschita! A veces, impulsada por su angustia, grita: «¡Muschinita! ¡Muschiminita!», y otras palabrejas tiernas y disparatadas, mas nunca obtiene respuesta. Durante el viaje, ociosos viudos han pedido varias veces la mano del ama en los albergues, pero ella hubiera preferido aceptar una bofetada antes que esas propuestas de matrimonio tan sórdidas, que sólo servían para distraerla de la gran tarea agridulce de su vida; buscar a su Muschinita. Esta tristeza suya queda elocuentemente expresada en su forma de tenerse en pie; pero ahora se vuelve hacia la torre y divisa la lucecilla en lo alto. Algo la impulsa entonces a lanzar un potente maullido que suena como si le preguntase algo a la luz. Ésta se limita a parpadear muy levemente, como no podía ser de otro modo tratándose de semejante luz. «¿Está Muschi allá arriba?», pregunta el ama. Ninguna respuesta. «Dime, querida lucecita, ¿sabes dónde está Muschi?». Ninguna respuesta. «¡Vaya descaró, no responder ni siquiera a un ama de buena familia! ¿De modo que nada?». Ninguna respuesta. El ama se aleja de la torre. La tempestad apaga la insolente y desalmada lucecita. Nubes que pasan sobre el escenario. Esto puede valer como imagen de la más absoluta de las soledades. El ama rompe a llorar y se dispone a continuar su camino. Levanta un extremo de su falda y se seca los ojos con ella.

Un teatro de variedades

¿De modo que allí ha ido a parar la Muschi? Fue vendida a un agente del teatro de variedades. Veamos a ver. En efecto, allí está en el escenario, con una lamentable faldita de lentejuelas, unos zapatos de tacón alto y puntiagudo, y medias de un rojo chillón, visibles hasta más arriba de las rodillas, y tiene que bailar para ganarse el pan. Se ha vuelto preciosa entretanto, se nota a primera vista, y además es el mejor número de todo el programa. Tiene en sí algo distinguido, cierta altivez que sólo puede provenir del linaje. Los gatos espectadores son

individuos de aspecto totalmente plebeyo, con hocicos gruesos y modales bastante asquerosos. Con las patas delanteras bajan de golpe las tapas de sus jarras de cerveza y se alegran de la abúlica intrascendencia de sus gestos. Vapores mefíticos recorren el local, atendido por camareras que intentan sacar siempre el máximo provecho. Muschi está bailando, y en cuanto acaba su baile se sienta con otras bailarinas en un banco forrado de terciopelo, para dejarse admirar y celebrar tranquilamente. Mantiene su cabecita gacha, como perdida en largos y melancólicos pensamientos, mientras sus patas juegan con los crujientes encajes de su faldita de baile. ¡Qué grandes, tristes y hermosos son sus ojos cuando los levanta! Un par de ojazos amarillos. No hay que olvidar nunca que, después de todo, son ojos de gato, aunque de la más fina y noble calidad. Un pesar inextinguible parece arder allí dentro unido a un recuerdo inextinguible. De pronto ¡puah!, desde abajo un tipo quiere aferrarle la pierna, realmente apetitosa, con sus puercas manotas. Ella le lanza un violento taconazo en pleno hocico con una de sus afiladas botas y el sinvergüenza echa a correr maullando para denunciarla ante el patrón del establecimiento. Por desgracia se trata de un íntimo amigo de éste, que se abalanza sobre Muschi y la abofetea, haciéndole saltar las lágrimas. Las camareras, deseosas de halagar al huésped, dicen que tiene razón, que esa pavita orgullosa se merecía un buen coscorrón en el morro. Muschi llora y debe bailar llorando, pero baila tan dolorosamente bien que, obedeciendo algún presentimiento, ni los más lúbricos de aquellos granujas se permiten seguirla importunando. El húmedo brillo de los ojazos de Muschi los ha intimidado muchísimo. Los gatos aúllan ¡bravo!, palmean con sus patas y lamen la cerveza derramada en las mesas. El patrón, un animalote gordo e incorregible, pone una cara importante e infinitamente divertida.

Calle elegante con verja de jardín

Han transcurrido otros diez años. El ama gata sale a escena encorvada sobre un bastón nudoso, medio ciega de tanto buscar: diez años, veinte años, y por entonces, cuando estaba en la camita, tenía cuatro años, más uno hacen veinticinco, piensa y trata de sonreír con su viejo hocico. ¡Oh, qué sonrisa tan antigua y corroída por el tiempo! Se va desgranando de su boca como las piedras de una muralla vieja y derruida. Es una luminosa mañana de domingo. Sobre los arbustos del jardín reverbera el sol. Aquello tiene algo de impresionismo francés, si se quiere a toda costa hacer gala de cultura. La anciana se ha sentado sobre una de las dos piedras que suele haber ante las verjas de los jardines y tose levemente. Es lo que ocurre cuando uno es viejo, tose hasta en el más ardiente verano. ¡Con qué impasibilidad está allí sentada! La búsqueda se le ha convertido en una especie de costumbre grata e indispensable, como quien dice. Hace mucho tiempo que no busca para encontrar, sino por un placer de buscar del que ni ella misma es ya consciente. Le basta con cumplir hasta el final su obligación. Ya no esperaba nada. Hace tiempo que la esperanza se ha

convertido en algo degradante para ella. Tampoco busca ya como es debido, se limita a caminar y observar un poquitín, nada más. ¡Se ha hecho vieja, vieja, y está tan atrozmente cansada, tan atrozmente débil, tan agotada por las caminatas y servicios prestados! ¡Ha arruinado de tal modo su vida por una simple obligación! Allí está ahora sentada, y la gente gatuna pasa a su lado indiferente, creyendo que es una mendiga ociosa. Le dedican a lo sumo una mirada arrogante. Las niñeras pasan frente a ella empujando sus cochecitos. Y obreros y caballeros con sombreros de copa, todos gatos, por supuesto. Pero lo felino y lo humano se mezclan. Los señores se retuercen, aburridos, los bigotes, que les llegan hasta detrás de las orejas. Claro está que todos caminan más o menos erguidos. El tranvía pasa como una exhalación. Niños gatos de muy corta edad brincan de un lado a otro jugando, y el sol sonríe amigablemente. Tras los arbustos del jardín señorial brilla, gris azulino, el tejado de pizarra de una mansión, y ahora... pero ¿qué es eso, vieja ama? No, no. Nada de dormirse. ¿Acaso no lo ves? Una joven figura femenina celestialmente bella, envuelta en velos blancos, ha salido por la verja del jardín. La vieja dice «be... we» y cae a tierra muerta de alegría. La bella aparición es Muschi. Se ha convertido en una hermosa y distinguida gata, esposa de un ministro. Al ver que la anciana cae a tierra, tiene un presentimiento. Se precipita hacia ella, la reconoce, se arrodilla a su lado y se queda estupefacta: nada extraño, pues el mundo de su infancia acaba de subyugarla.

La actriz (I)

La bella actriz y el hombre barbudo se hallan juntos en la semipenumbra de una habitación. Las ventanas están abiertas. La mujer se incorpora de su posición entre sentada y recostada, se asoma al balcón estrecho y alargado y le indica al hombre, por señas, que la siga. «¡Qué hermoso y libre es el mundo!», dice sonriendo, «la gente como nosotras siente esto muy intensamente. Nosotras, las actrices, sólo estamos unidas por miradas fugacísimas a la dulce y cambiante imagen del mundo, pero esas miradas son para nosotras como música, como pensamientos muy, muy profundos, como olas que revientan a nuestros pies y nos salpican con un sentimiento de gratitud soberanamente bello, que nos impregna y colma por entero. ¡Estamos tan maniatadas! Usted, por ejemplo, tiene como tarea zambullirse en el remolino y en el espléndido y difícil juego, va en pos de sus placeres y negocios con un esfuerzo natural, actúa con los que actúan, descansa con los que descansan y se ríe dondequiera que tenga oportunidad de soltar una carcajada. Nosotras, las artistas, vemos transcurrir toda nuestra existencia en el arte de imitar algún sentimiento de dolor, vergüenza o alegría humanas, y en el trabajo que nos impone nuestra profesión sentimos a menudo un estancamiento limitante y nada hermoso; nos parece entonces que todo cuanto fluye quisiera detenerse, que todo cuanto se precipita, cae o vuela se nos hubiera infiltrado dentro; nosotras llevamos todo, y nada, nada nos lleva ni impulsa, y sólo puede elevarnos la obtusa, definitiva y fiel paciencia con que obstinadamente seguimos creando. La labor del dinámico hombre de negocios reposa en una liberalidad naturalmente bella y en una alegre expansividad que considero muy sana para el cuerpo y el alma, y que apenas si reconozco por cierto olor, ya que nosotras, las actrices, nos vemos prácticamente obligadas a odiar la expansión y todo cuanto la rodea, para no ver sino lo firme y eternamente próximo, aquello a lo cual vivimos encadenadas. Pues usted no se imagina hasta qué punto el arte puede encadenar, e incluso estrangular y oprimir, ¡ah!, y borrar de nuestros ojos todas las cálidas perspectivas de vida como si fueran aves derribadas en el aire inmóvil, de suerte que una tiene la impresión de ver a sus pies, en el suelo salpicado de manchas, todas las experiencias, las dulces y las amargas, sangrando oscura y lentamente por muchas heridas secas, lamentables. Usted, usted sí lo tiene bien. En cambio nosotras, las artistas, lo tenemos mal».

El hombre nada dice, y la actriz continúa hablando al tiempo que estira indolentemente su hermoso y bien formado brazo: «¡Cómo van por la calle esos simpáticos desconocidos, mirando alrededor o adelantándose unos a otros, conduciendo coches o llevando paquetes, saltando, respirando y moviendo los hombros! Una tiene nostalgia de la gente cuando se ha pasado veinte años representando destinos humanos en los escenarios. Yo empecé a actuar cuando tenía sólo doce años; el éxito artístico me puso por primera vez en contacto con personas

desprejuiciadas, aunque me temo que no fueron éstas quienes se me acercaron para poner a mis pies su admiración. El éxito sólo permite reconocer a los estúpidos adoradores o a los no menos tontos envidiosos, por lo general charlatanes que tienen miedo de entregarse a una emoción, un sentimiento o un hecho. Rápidamente los fui calando a todos, sin ira, tan sólo con cierta aflicción que me decía que en algún lugar había algo que jamás llegaría a conocer. Y luego siempre he tenido cosas que hacer. La profesión de artista es una caja de hierro que apenas deja respirar y en la que una está en posición semierguida, ni libre ni totalmente prisionera, con la cabeza al descubierto, aunque de alguna manera se esté encadenada, una lo sabe y un momento después ya no lo sabe».

Que, después de todo, lo mismo ocurría con cualquier profesión, observa el hombre.

«Oh no», dice ella, «para vosotros la cosa es muy distinta. Tenéis profesiones secas, necesarias, y eso es lo bonito. Os bañáis en nuestras representaciones, si son buenas, como en refrescantes y solitarios manantiales de montaña; el sentimiento, oprimido durante toda la jornada de trabajo, aflora en vuestras risas y llantos con miles de colores y sonidos, como heridas no secas, sino más bien abiertas, y suave y agradablemente dolorosas. Nosotras, en cambio, siempre tenemos que vérnoslas con sentimientos y sensaciones, con lo humano y lo ideal en estado puro, y tenemos que medirlo, cortarlo, separarlo, evaluarlo y probarlo en función de los efectos que deba producir. Hacemos pruebas y costuras con cosas que reposan sanas, misteriosas e intactas en el pecho de los demás hombres, como fuentes sagradas, peligrosas, que no se pueden desafiar impunemente todo el tiempo. Pues cuando se ha hecho esto, una se siente tan fría y tan vacía que desearía arrojarle al pecho robusto y bueno de algún ser humano tranquilo, indiscutido, honrado y sencillo. ¡Qué estupenda le parece a una, tras una velada en el escenario, la respiración de una persona así! Entran ganas de aborrecer el arte, no menos que a sí misma por tener que sentirse unida a él. Y, no obstante, es tan bello, y es tan hermoso todo esto. Entremos».

Ambos vuelven a entrar en la habitación.

«¿Desea usted un trago?»

Sí, desea uno. Ella se lo sirve, mientras parece absorta en hondas y hermosas cavilaciones. La criada pone una lámpara sobre la mesa. La señora dice: «Las seis y media. Aún puedo quedarme aquí veinte minutos más con usted, después tendré que irme. No piensa venir al teatro, ¿verdad? Ya, viaja esta misma tarde. Esta noche volveré a casa cansada, lo siento desde ahora. Dentro de veinte días estará usted otra vez con sus caballos semisalvajes, galopando por la estepa, administrando sus negocios y haciendo trabajar cabeza, manos y puños. Escribame; aunque ya nadie escribe cartas hoy en día, haga usted una excepción. Sus cartas me traerán hasta aquí, a esta habitación, el

perfume de la pradera. ¡Es tan hermoso volver a casa por la tarde y encontrar sobre la mesa una carta de algún lugar lejano, lejano! Tal vez piense en usted. Acaso un día, cuando esté en el escenario temblando de rabia o riéndome a carcajadas, según lo exija la obra, me venga de pronto a la mente su voz, su figura, alguna palabra que usted haya dicho, las botas que lleva puestas, su peinado, su barba, la mirada de sus ojos. Pues verá, así una llega a conocer un día, en forma extraña, a un hombre, habla con él una o dos horas, luego él se va, no quiere saber nada más, y una lo olvida porque no tiene razón alguna para sentirse obligada a recordarlo. Puede que algún día vuelva a nuestra mente entre un precipitado viaje en coche y un violento intercambio de palabras; acaso esté nevando cuando piense en usted, o me haya roto la mano y tenga que estar en mi cuarto, y de pronto recuerde su apretón de manos. ¡Adiós, ahora debo cambiarme!».

La prueba del talento

Alcoba de la actriz áulica Benzinger

Frau Benzinger . De modo que quiere ser actor. Acérquese un poco más. No tenga vergüenza. Y no se me desmaje de miedo si lo examino un poco más de cerca. Si mi aliento lo roza no tiene usted por qué ponerse rojo. ¿Nunca ha contemplado con cierta calma la pierna de una dama? Los encajes de mi enagua, que está usted viendo, no son sino el prelude suave y habitual de aquello con lo que un artista de la escena se topa cada día y hora y que debe pasar por alto. Nosotros, los artistas, somos gente libre, desprejuiciada, y, según nos complace imaginar, honesta. Usted, en cambio, es un joven del medio burgués más sólido y bien nutrido, y quiere hacer teatro. Pues bien, recíteme algo.

El tímido joven recita algo.

Frau Benzinger . Eso no es nada. Agradezca usted a Dios por haber caído en manos de una persona que lo aprecia tanto que le hablará sin tapujos. Las mentiras en estos casos son crímenes. Es usted tímido, se asustó al verme cruzar una de las piernas que me ha dado la naturaleza; por mí podría usted ser cien veces más tímido y asustadizo, la cosa no tendría ninguna importancia, pues sólo se debe a su gran juventud y profunda inexperiencia. Pero el caso es que no posee usted el menor asomo de talento histriónico. Todo en usted está escondido, velado, sumergido, todo es árido, leñoso. Por dentro ya puede ser el hombre más ardiente del mundo, corroído por fervientes pasiones, pero nada aflora a la superficie, nada encuentra expresión. Habla usted con gran propiedad y una siente lo acertados que son sus juicios y la honestidad con que piensa sobre las cosas, pero esto, mi estimado joven, no es sino el más modesto de los requisitos que se le exigen a un artista en ciernes. Yo soy una mujer algo mayor y una actriz experimentada, por lo cual creo saber perfectamente qué lenguaje es preciso emplear con usted. Hijo mío, vierta usted rápidamente de la copa de su joven cabeza el vino, excesivamente fogoso, de sus sueños de carrera teatral y cosas similares, y siga practicando la profesión que ha estudiado. ¿Qué dirían sus padres si me propusiera hacerlo infeliz? El dinero que usted me pagara por darle clases me ardería atrocemente en las manos, y en la cara de su señora madre vería una expresión afligida que me castigaría cruelmente por la infamia de haberle ocultado la verdad. No, yo no hago esas cosas. Pero quédese un momento más. Tome asiento aquí, a mi lado. Es usted demasiado bueno y demasiado malo para la profesión de actor. Se limitaría a recitar, no a actuar; en el escenario hay que ser monstruo, oso, fanfarrón, caricatura indecente y ridícula, no ser humano. Le falta la llama sagrada y fervorosa, el ojo, el par de labios, la mejilla móvil y amenazadora. Movimiento le falta. Modales tiene, pero eso no significa nada, es algo humano. No tiene usted ningún talento artístico. Pero estoy convencida (déme la mano) de que posee dones

internos que, cuando alcance usted su madurez, lo convertirán en un hombre capaz y bueno. Creo que será un hombre hermoso; en un escenario, a la luz dorada de las candilejas sería usted feo, créame. Debe creérmelo como un niño, pues aún no puede entenderlo por ser demasiado joven y estar demasiado a salvo de experiencias terribles. Déme un beso en la mano.

El joven le besa ambas manos a la actriz.

Frau Benzinger : Viene usted mucho al teatro, ¿verdad? Y eso es muy peligroso para una cabeza joven. Al teatro sólo deberían ir hombres maduros, lo cual tendría la ventaja de otorgar también una mayor nobleza y brillantez a la escena y al trabajo artístico que en ella se realiza. Estoy contentísima, estimado joven, de haber podido prevenirlo e intimidarlo. Otra lo habría aceptado, acaso hasta se hubiera divertido esparciendo veneno sobre toda su vida, aún desconocida para usted. Y ahora váyase. Adiós. No, no, no vuelva usted a visitarme. Deje definitivamente a un lado todo el quehacer teatral, sumerja sus sensaciones en fuentes más naturales, conságrese a deberes buenos y viriles y, cuando tenga usted treinta años, podrá venir y contarme lo que ha conseguido, padecido y vivido. Me alegra la idea de perderlo de vista tanto tiempo; eso me promete la alegría de volver a verlo convertido en un hombre firme y sólido. Aquí tiene. Conserve esto. Es mi retrato. Y no olvide nunca lo que le he dicho.

Kleist en Thun

Kleist encontró comida y alojamiento en una casa de campo situada en una isla del Aare, en los alrededores de Thun. Con exactitud es imposible saberlo ahora, pasados más de cien años, pero yo me imagino que atravesaría un puente muy pequeño, de unos diez metros de largo, y tiraría de la cuerda de una campanilla. Al oírla, alguien, veloz como una lagartija, habrá bajado las escaleras de la casa para ver quién era. «¿Hay alguna habitación para alquilar?». Y, en pocas palabras, Kleist acabó instalándose en las tres habitaciones que le cedieron por una suma asombrosamente exigua. «Una encantadora chiquilla bernesa se encarga de las tareas domésticas». Un bello poema, un hijo, una acción valerosa: son las tres cosas que tiene en mente. Por lo demás, está un poco enfermo. «El diablo sabrá qué tengo. ¿Qué me ocurre? Es tan precioso todo esto».

Está escribiendo, naturalmente. De vez en cuando viaja en diligencia a Berna, a casa de amigos literatos, y lee allí en voz alta lo que ha escrito. Claro está que lo colman de elogios, pero encuentran que el personaje es, en conjunto, un poquitín extraño. Escribe *El cántaro roto*. Pero ¿de qué sirve todo eso? Ha llegado la primavera. Las praderas en torno a Thun están repletas de flores; todo perfuma y zumba y se afana y resuena y gandulea; al sol, el calor es para volverse loco. Kleist siente unas como oleadas de embriaguez incandescente que le suben a la cabeza cuando, sentado a su mesa de trabajo, intenta escribir. Maldice su oficio. Quería ser campesino cuando vino a Suiza. Simpática la idea. En Potsdam es fácil imaginar algo así. Los poetas, en general, se imaginan esas cosas muy fácilmente. A menudo se sienta junto a la ventana.

Podrían ser las diez de la mañana. ¡Está tan solo! Quisiera que le llegase alguna voz, ¿qué clase de voz? Una mano, bien, ¿y luego? Un cuerpo, pero ¿para qué? Totalmente perdido entre perfumes y velos blancos está allí el lago, enmarcado por esas montañas innaturales, mágicas. ¡Cómo deslumbra e inquieta todo aquello! La campiña entera es, hasta el agua, un puro jardín, y en el aire azulino parecen colgar multitud de puentes cargados de flores y terrazas llenas de aromas. Los pájaros cantan lánguidamente bajo todo aquel sol y toda aquella luz. Están dichosos y adormilados. Kleist apoya la cabeza en el codo, mira y mira y desea olvidarse. A su memoria acude la imagen de su patria nórdica, lejana, puede ver claramente el rostro de su madre, antiguas voces, ¡maldición! —se ha incorporado de un salto y ha bajado corriendo al jardín de la casa de campo—. Allí se sube a una barca y se interna remando en el despejado lago matinal. El beso del sol es único y se repite continuamente. Ni una brisa. Apenas un movimiento. Las montañas son como el artificio de algún hábil escenógrafo, o bien dan la impresión de que el paisaje entero fuera un álbum y un aficionado de buen gusto las hubiera dibujado en una página en blanco para la dueña del álbum,

como recuerdo, con un verso. La cubierta del álbum es de un verde pálido. La apropiada. Las estribaciones a orillas del lago son verdes sólo a medias, ¡y tan altas, tan torpes, tan vaporosas! ¡La, la, la! Kleist se ha desvestido y se lanza al agua. ¡Qué inefablemente hermoso le resulta todo aquello! Empieza a nadar y oye risas femeninas que llegan desde la orilla. La barca se mueve perezosamente sobre el agua verdeazulina.

La naturaleza es como una sola gran caricia. ¡Qué alegre y a la vez doloroso puede ser aquello!

A veces, sobre todo en atardeceres bellos, tiene la sensación de que allí quedarán los confines del mundo. Los Alpes se le antojan la infranqueable puerta de acceso a un paraíso situado en las alturas. Recorre su pequeña isla paso a paso, de un extremo a otro. La chiquilla cuelga ropa blanca entre los arbustos, sobre los que brilla una luz gualda, melodiosa, mórbidamente bella. Los rostros de las montañas nevadas son tan pálidos; una belleza última, intangible se enseñoorea de todo. Los cisnes, que se deslizan de un lado a otro entre los juncos, parecen hechizados de belleza y luminosidad vespertina. El aire está enfermo. Kleist querría verse inmerso en una guerra brutal, en alguna batalla, se siente un personaje miserable y superfluo.

Da un paseo. ¿Por qué, se pregunta sonriendo, ha de ser precisamente él quien no tenga nada que hacer, nada que golpear ni derribar? Siente cómo las savias y energías se quejan soterradamente en su interior. En su alma entera palpita un ansia de esfuerzos corporales. Trepa hasta la colina del castillo por entre altas y antiguas murallas, sobre cuyas corroídas piedras grises se enrosca apasionadamente, al bajar, la hiedra verdinegra. En todos los ventanales altos resplandece la luz del atardecer. Arriba, al borde de la ladera de roca, se alza un gracioso templete; allí se sienta y lanza su alma hacia el panorama espléndido, sagrado, silencioso que se abre a sus pies. Ahora se sorprendería si pudiera sentirse bien. ¿Leer un periódico? ¿Qué sentiría? ¿Mantener un diálogo tonto sobre política o asuntos de interés público con algún respetable gacznápiro de la administración? ¿Sí? No es desdichado, en su fuero interno considera dichosos a quienes pueden sentirse desconsolados: natural y poderosamente desconsolados. Él lo tiene aún peor debido a un pequeño matiz distintivo. Es demasiado sensible para ser infeliz, tiene demasiado presentes todos sus sentimientos vacilantes, cautelosos, suspicaces. Querría gritar, llorar. ¡Dios del Cielo, qué es lo que me ocurre!, y echa a correr cuesta abajo por la colina ya medio a oscuras. La noche lo alivia. Una vez en su alcoba, se sienta a su escritorio decidido a trabajar hasta el delirio. La luz de la lámpara le borra la imagen del paisaje; eso lo despeja y se pone a escribir.

Los días de lluvia son atrozmente fríos y vacíos. El paisaje lo hace estremecerse. Gimen y lloriquean los verdes arbustos, goteando lluvia por un poco de sol. Nubes sucias y monstruosas deslízanse por las cabezas de los montes como enormes y temerarias manos homicidas en torno a unas frentes. La campiña parece querer ocultarse del mal

tiempo; quiere contraerse. El lago se pone duro y sombrío, y las olas dicen palabras llenas de malignidad. Como una siniestra admonición llega mugiendo el viento huracanado y no logra salir por ningún sitio. Se estrella con violencia de una pared montañosa a otra. Todo es oscuro y pequeño, pequeño; uno lo siente pegado a la nariz. Entran ganas de coger mazos y repartir golpes a diestra y siniestra. ¡Fuera de aquí, fuera!

Luego vuelve a salir el sol y es domingo. Repican las campanas. La gente sale de la iglesia, que está en la parte alta. Las muchachas y mujeres, con ajustados corpiños negros con ornamentos de plata; los hombres, con trajes sencillos y austeros. Llevan misales en la mano, y sus caras se ven tan plácidas y hermosas como si todas las preocupaciones se hubieran desvanecido y todas las arrugas del pesar y de las discusiones, todas las fatigas hubieran sido olvidadas. Y las campanas, ¡cómo repican desde allí! ¡Cómo rebotan sus ecos y llegan arriba en oleadas! ¡Cómo todo centellea, reluce, se tiñe de azul y resuena sobre el pueblecito inmerso en el sol dominical! La gente se dispersa. Kleist, abanicado por extrañas sensaciones, se queda de pie en la escalinata de la iglesia y sigue los movimientos de los que bajan. Ve a más de una joven campesina descender las gradas como una princesa de sangre habituada a la majestad y la libertad. Ve hermosos mocetones del campo, rebosantes de vitalidad y energías, y de qué campo, no de la llanura, no muchachos de los llanos, sino venidos de valles profundos y extrañamente excavados en las montañas, a veces angostos como el brazo de un hombre de talla algo mayor que la normal. Son muchachos oriundos de montañas donde los campos y terrenos de labranza caen de lleno en abruptas hondonadas, donde el cálido y oloroso césped crece en minúsculas superficies al lado mismo de aterradores precipicios, donde las casas parecen puntos de color adheridos a los prados cuando, desde el amplio camino comarcal, uno alza la mirada por ver si allá arriba aún pueden existir viviendas humanas.

A Kleist le gustan los domingos, y también los días de mercado, cuando el camino y la calle mayor son un continuo pulular de delantales azules y trajes típicos de campesinas. Allí, en la calle mayor, las mercaderías son amontonadas debajo de la acera en bóvedas de piedra y casetas ligeras. Con coquetería campesina pregonan los mercaderes sus preciosidades de dos reales. Por lo general, en esos días de mercado brilla el más luminoso, cálido y tonto de los soles. Kleist se deja llevar de un lado a otro por aquella multitud entrañable y abigarrada. En todas partes hay olor a queso. Con aire circunspecto, las campesinas serias, y a veces hermosas, entran en las mejores tiendas a hacer sus compras. Muchos hombres llevan una pipa en la boca. Cerdos, terneras y vacas son arreados por la calle. Un hombre se ha parado e intenta, a bastonazos, que su cerdito rosado siga caminando. Como éste se niega, lo coge bajo el brazo y se lo lleva cargado. El olor de la gente atraviesa las ropas; desde las tabernas llega el guirigay de los que beben, bailan y comen. ¡Qué potencia y libertad las de esos ruidos! A veces no pueden pasar las diligencias. Los caballos quedan totalmente cercados por el gentío que negocia y cotillea. Y el sol, ¡con qué precisión reverbera sobre los objetos, rostros, telas, cestos y mercancías! Todo se mueve, y

el resplandor solar también tiene, claro está, que desplazarse. Kleist querría rezar. No hay música majestuosa que le parezca más bella ni encuentra alma más delicada que la música y el alma de aquel trajinar humano. Le entran ganas de sentarse en algún descansillo de las escaleras que bajan hasta la calle mayor. Sigue andando y pasa junto a mujeres con las faldas arrezagadas, junto a muchachas que, con gesto noble y calmado, llevan cestas sobre la cabeza como las italianas sus cántaros —lo ha visto en grabados—, junto a hombres chillones, borrachos, policías, escolares que deambulan con sus bribonescos propósitos, junto a lugares sombreados que exhalan frescos aromas, junto a cuerdas, bastones, viandas, joyas falsas, hocicos, narices, sombreros, caballos, velos, cubrecamas, medias de lana, salchichas, bolas de mantequilla y bandejas de quesos, hasta que sale del gentío y se detiene al llegar a un puente sobre el Aare, en cuyas barandillas se apoya para mirar el agua de un tono azul profundo que discurre deliciosamente ahí debajo. Encima de él, las torres del castillo refulgen y destellan como un fuego líquido de tonos parduzcos. Aquello es media Italia.

Algunas veces, los días de trabajo normal, el pueblo entero le parece estar bajo el hechizo del sol y del silencio. Se detiene frente al vetusto y extraño edificio del Ayuntamiento con su fecha señalada en cifras angulosas sobre la brillante blancura del muro. Todo está tan perdido como la forma de una canción popular que la gente hubiera olvidado. Poca vida, no, ninguna. Sube las escaleras recubiertas de madera que llevan al que fuera castillo condal, la madera huele a viejo y a destinos humanos desvanecidos. Una vez arriba, se sienta en un banco verde, ancho, curvo, para disfrutar de la vista, pero cierra los ojos. Es terrible cómo todo aquello se ve adormilado, polvoriento, falto de vida. Lo más cercano se halla como en una gran lejanía blanca, misteriosa, ensoñadora. Todo está envuelto en una nube caliente. Verano, pero ¿qué verano realmente? Yo no estoy vivo, grita, y no sabe hacia dónde volverse con sus ojos, manos, piernas y respiración. Un sueño. Nada de eso. No quiero sueños. Por último se dice que vive demasiado solo. Tiembla al tener que admitir con qué hermetismo se comporta frente a quienes lo rodean.

Luego vienen las tardes de verano. Kleist se sienta en el alto muro del cementerio. Hay muchísima humedad y a la vez un gran bochorno. Se abre la casaca para dejar el pecho libre. Abajo, como arrojado a las profundidades por la poderosa mano de un dios, yace el lago iluminado por luces rojizas y amarillentas, aunque toda esa iluminación parece flamear desde el fondo del agua. Es como un lago en llamas. Los Alpes han cobrado vida y sumergen sus frentes en el agua haciendo gestos fabulosos. Los cisnes nadan allá abajo en torno a su isla tranquila, y las copas de los árboles flotan por encima en una beatitud oscura, cantarina, perfumada. ¿Por encima de qué? De nada, de nada. Kleist bebe todo aquello. El lago entero con su oscuro brillo le parece una alhaja sobre el gran cuerpo dormido de una mujer desconocida. Los tilos, abetos y flores embalsaman el aire. Hay un repiqueteo suave, apenas perceptible, él lo oye, pero también lo ve. Ésa es la novedad. Quiere lo inasible, lo inconcebible. Abajo, en el lago, se mece una barca.

Kleist no la distingue, pero ve oscilar de un lado a otro los farolillos que la acompañan. Allí está sentado, la cara inclinada hacia delante como si debiera estar listo para el salto mortal hacia la imagen de esas bellas profundidades. Quisiera morir en aquella imagen. Quisiera no tener sino ojos, no ser ya sino un solo ojo. No, algo totalmente distinto. El aire debería ser un puente y el paisaje entero un respaldo sobre el cual apoyarse como un ser sensual, dichoso, exhausto. Está anocheciendo, pero no le apetece bajar; se echa sobre una tumba oculta entre las malezas, murciélagos revolotean a su alrededor, los puntiagudos árboles susurran al leve soplo de las brisas. Qué bien huele la hierba bajo la que yacen los esqueletos de los enterrados. Está tan dolorosamente feliz, demasiado feliz, de ahí esa sensación de ahogo tan árida, tan dolorosa. ¡Tan solo! ¿Por qué no vienen los muertos y conversan media hora con el solitario? En una noche de verano es preciso tener una amante. Y al pensar en pechos y labios de resplandeciente blancura, Kleist baja corriendo la colina hasta llegar a la orilla y se lanza al agua vestido, riendo, llorando.

Pasan semanas. Kleist ha destruido un trabajo, dos, tres. Quiere la suprema maestría, bueno, bueno. ¿Qué pasa? ¿Titubea? A la papelera. Algo nuevo, más fogoso, más bello. Empieza *La batalla de Sempach*, en el centro la figura de Leopoldo de Austria, cuyo extraño destino lo fascina. Entretanto recuerda a Roberto Guiscardo. Lo quiere magnífico. La dicha de ser un hombre racional y ponderado, de sentimientos simples, es algo que ve precipitarse, deshecho en mil fragmentos, por la pendiente desmoronadiza de su vida, como rocalla que se estrellara y rebotara estrepitosamente en su caída. Y encima él colabora, es algo ya decidido; quiere entregarse por entero a la mala estrella de los poetas: lo mejor será encaminarme a mi perdición lo más rápidamente posible.

Su trabajo le hace muecas, le sale mal. Hacia el otoño cae enfermo. Lo asombra la sensación de dulzura que ahora lo invade. Su hermana viaja a Thun para llevárselo de vuelta a casa. Profundos surcos recorren sus mejillas. Su rostro tiene los rasgos y el color de un hombre con el alma totalmente corroída. Sus ojos tienen menos vida que las cejas que los coronan. Los cabellos le cuelgan apelmazados en espesas y puntiagudas greñas sobre la frente, desfigurada por todos los pensamientos que, según se imagina, lo han arrastrado a sórdidos e infernales agujeros. Los versos que resuenan en su cerebro le parecen graznidos de cuervos; le gustaría arrancarse la memoria. Le gustaría derramar la vida, mas no sin antes destrozarse las copas de la vida. Su encono es igual a su dolor; su escarnio, a sus lamentos. ¿Qué tienes, Heinrich?, le dice su hermana, acariciándolo. Nada, nada. Sólo faltaría que ahora tuviera que decir lo que tiene. En el suelo de la habitación yacen sus manuscritos como niños atrozmente abandonados por padre y madre. Le da la mano a su hermana y se contenta con mirarla largo rato en silencio. Aquello se asemeja ya a una mirada perdida, y la joven se estremece.

Luego emprenden viaje. La chiquilla que se encargaba de las tareas domésticas les dice adiós. Es una radiante mañana de otoño, el carruaje

atraviesa puentes y callejas mal empedradas, hay gente asomada a las ventanas, arriba en el cielo; bajo los árboles se ve el follaje amarillento, todo muy pulcro, otoñal, ¿qué más? Y el cochero lleva una pipa en la boca. Todo está como siempre. Kleist va en un rincón del carruaje, abatido. Las torres del castillo de Thun desaparecen tras una colina. Más tarde, en lontananza, la hermana de Kleist divisa una vez más el bello lago. Ya se siente algo de frío. Van apareciendo casas de campo. Vaya, vaya, ¿cómo hay quintas tan elegantes en una región montañosa? Siguen viaje. Al mirar a los lados todo parece volar y caer por detrás, todo baila, gira y se desvanece. Muchas cosas están ya envueltas en un velo otoñal, y todo se ve un poquito dorado por el poquito de sol que atraviesa las nubes. ¡Cómo destella aquel oro! ¡Y pensar que sólo se lo puede encontrar en el fango! Cumbres, paredes rocosas, valles, iglesias, aldeas, mirones, niños, árboles, viento, nubes, ¿qué son? ¿Tienen algo de particular? ¿No son acaso lo más común y corriente del mundo? Kleist no ve nada. Sueña con nubes e imágenes y un poquito también con manos amorosas que lo cuidan y acarician. ¿Cómo te sientes?, pregunta la hermana. Kleist frunce los labios e intenta sonreírle un poco. Lo consigue, pero le cuesta. Es como si, para poder sonreír, tuviera que quitarse un peñasco de la boca.

La hermana se atreve a hablarle con cautela del pronto inicio de una actividad práctica. Él asiente, es de la misma opinión. Claros destellos acompañados de música titilan en torno a sus sentidos. La verdad es que, sinceramente hablando, se siente muy bien; adolorido, pero a la vez bien. Algo le duele, sí, muy cierto, pero no en el pecho, ni tampoco en el pulmón ni en la cabeza. ¿Cómo? ¿De veras? ¿En ningún sitio? Pues sí, un poco sí, en algún punto, puede decirse que sí, aunque sea imposible precisarlo. Por lo demás, tampoco vale la pena hablar de ello. Dice algo, y luego vienen momentos en los que es feliz como un niño y la joven pone, claro está, una cara algo severa, punitiva, para hacerle ver lo extrañamente que está jugando con su vida.

Después de todo, la muchacha es una Kleist y ha tenido una educación, cosa que su hermano ha querido arrojar por la borda. Por supuesto que está contentísima de que él se sienta mejor. ¡Sigamos, sigamos, qué viaje tan estupendo! Pero al final habrá que abandonar a su destino aquella diligencia, y al final final aún podrá uno permitirse observar que en la fachada de la casa de campo donde vivió Kleist hay una placa de mármol que indica quién vivió y escribió allí. Pueden leerla los viajeros deseosos de hacer excursiones alpinas; los niños de Thun la leen y descifran letra por letra, y luego se miran a los ojos con gesto interrogante. Un judío puede leerla, un cristiano también, si tiene tiempo y su tren no está a punto de partir en ese instante; o un turco, una golondrina, en la medida en que le interese, y yo también, ocasionalmente yo también puedo volver a leerla. Thun se encuentra en el acceso al Oberland bernés y es visitado anualmente por muchos miles de extranjeros. Creo conocer un poco la región porque trabajé allí como empleado en una fábrica de cerveza. La región es notablemente más bella de lo que yo he podido describirla aquí, el lago es el doble de azul,

el cielo tres veces más hermoso. En Thun se celebró una exposición industrial, no sé, creo que hace unos cuatro años.

Wenzel

Es Nochevieja, y nos encontramos en el teatro municipal de Twann, una pequeña ciudad fundada ya por los romanos a los pies de una alta cadena montañosa. Pero no queremos explayarnos aquí sobre la geografía, sino asistir a una representación de *Los bandidos* de Schiller, obra que está en cartelera y con la cual suele empezar la temporada teatral en Twann. Se actúa con gran fervor, al menos así lo ve Wenzel, un joven aprendiz de diecisiete años que trabaja en una fábrica de alambres. Está de pie o sentado arriba, en la galería, de la cual todos dicen que amenaza con derrumbarse de un momento a otro. Rápido y preciso, el presidente del consejo municipal inspecciona el puente de la galería con bastón de paseo y ojo avizor, luego baja a su palco y, esa noche, el puente colgante y bamboleante aguantará aún lo necesario.

¡Qué emoción tan extraordinaria despiertan esos *Bandidos*! ¡Qué repleto está el teatro! Algo verde se ha visto en el escenario; es el parque de Amalia; alguien desenvaina un centelleante puñal, y Franz, un pícaro de piernas delgadas, pone pies en polvorosa, es decir, se da a la fuga frente a la mujer de negro. Infinitamente bellas suenan las palabras: «¡Los reyes son mendigos, los mendigos, reyes!» —Wenzel tembló.

Luego hubo una escena nocturna de inspiración medieval; acosado por el miedo a los fantasmas, Franz sale a saludar en camisón de dormir. Y en cuanto empieza a actuar de la forma prescrita por el autor, revolcándose en el suelo y profiriendo palabras horribles, un constructor de cajas de reloj ruge desde la galería: *il est fou!* Tras lo cual se arma un gran jaleo. El borrachín de Año Nuevo es obligado a bajar y puesto de patitas en la calle, tres individuos se han abalanzado sobre él, lo cual provoca, claro está, pataleos y maldiciones, y, desde abajo, el comediante Franz lanza a la escena de arriba una mirada noble e incendiaria. «¡Qué poca comprensión por el gran arte hay en el mundo!», piensa Wenzel.

A partir de ese momento tomó su decisión secreta: quiere ser actor. Se dirige, pues, a la librería Rüfenach en la Neuquartierstrasse para comprar obras clásicas. Gasta dinero, incluso mucho. El dinero es algo raro en un aprendiz, pero ¡qué cosas no se hacen en un primer rapto de entusiasmo! Y así se lleva bajo el brazo a Schiller, Goethe y el gran inglés hasta su mansarda de la casa paterna, y empieza a estudiar los distintos papeles.

También lee las excitantes biografías de grandes artistas dramáticos en las revistas *Gartenlaube*, *Vom Fels zum Meer* y *Buch für Alle*. Parece que, en un principio, estos personajes, que luego serían famosos, no tenían talento alguno, exactamente como Wenzel, que por ahora tampoco lo tiene y, como aquellos grandes, es tímido y pobre, y, como

ellos, también tiene padres que no lo entienden. Pero esas celebridades se empezaron a mover muy pronto para encontrar alguien que protegiera sus planes. Y, de momento, Wenzel también quiere hacer lo mismo.

En la ciudad de Twann vive un rico caballero, banquero con escudo de armas, una especie de *dandy* que, con un precioso atuendo, recorre a caballo las calles de la ciudad. Una especie de príncipe que, según se sabe, ama las artes y es generoso. En la noche de San Nicolás, el citado caballero distribuye cada año calderilla entre los escolares necesitados. Tal vez un amante de las artes necesitado no sea para él menos que la juventud indigente. También el arte es una especie de juventud, y el hambre artística no es menos dolorosa que la auténtica sed y hambre de verdad.

Y Wenzel esboza la siguiente carta:

Ilustrísimo señor: Me tomo la libertad de dirigirle una súplica. Es mi deseo ser actor, y pienso que necesitaré una formación sólida. Debo aprender a hablar y a comportarme, y eso cuesta dinero. ¿Me anticiparía usted algo? Mucho se habla de su bondad y filantropía. Yo trabajo en fabricación de alambres, y si desea usted informarse sobre mi modesta persona... aunque ¿de qué serviría? Le ruego no pensar que estoy pidiendo limosna. La profunda seriedad que me impulsa a escribirle, pide, mas no puede mendigar. Mil francos bastarían; puedo soportar privaciones. Mi amor por el arte es evidente, no sé cuán grande será, porque tampoco lo mido; sufro por él, de modo que ha de ser grande. La lectura de los clásicos me ha dado ánimos. Disculpe si soy capaz de creer que está usted dispuesto a darme dinero. Perdone la osadía de un corazón que cree en la existencia de gente dispuesta a ayudar. No me tome a mal este tono, también el joven Schiller se expresó así.

Atentamente y lleno de esperanzas:

Wenzel.

La carta es enviada. Mientras, se memorizan varios papeles. El joven optimista se pone un chaleco de terciopelo que su padre solía usar en los matrimonios. Sobre los hombros se echa un viejo abrigo de su tío, comprado en una ciudad a orillas del Mississippi, y en torno a las caderas se ciñe un chal glaronés. La cabeza recibe una cobertura adecuada, es decir un chambergo de fieltro rematado por una pluma de pato salvaje. La mano ha sabido agenciarse una terrible pistola, y las piernas van ceñidas por un par de botas de guardabosque. Así engalanado ensaya el personaje de Karl.

Y poco después llega volando la respuesta desde la villa del príncipe de las artes: «Querido y joven amigo, cuídese mucho de las carreras teatrales, que son engañosas. Créame que lo hago por su bien si intento disuadirle de entrar en ese mundo de palabras altisonantes, bellos

ademanos y trajes brillantes. Las apariencias le han seducido. Siga usted siendo un solícito y modesto ciudadano, y lea sólo a los clásicos, pero tranquilamente y sin tomar el contenido de esos hermosos libros más en serio de lo que resulta sano y razonable».

Sano y razonable. No son éstas palabras capaces de consolar ni apaciguar a un corazón abrasado por el arte. Wenzel visita al director del teatro municipal de Twann y le suplica que lo lleve en sus tournées. Podría incluso cargar cestos o repartir tarjetas. Está a punto de decir que, llegado el caso, también podría lustrar zapatos, pero no tiene valor para dejar que sus labios formulen algo semejante. Un bigote español le responde: «Querido joven, me es imposible asumir tal responsabilidad».

Muchas personas de dieciocho años hay en el mundo; algunos se dejan aconsejar, pero otros no escuchan una sola palabra, por inteligente que sea. Y Wenzel quiere salirse con la suya. Escribe: «¡Noble señor y maestro!», y, bajo este epígrafe, dirige una carta a un actor capitalino de casi primerísima calidad. Luego viene la prueba del talento. Al examen asisten unas cuantas coronas de laurel empolvadas, una mujer que evoca extrañamente la Alemania del norte y las novelas de la *Gartenlaube*, y él mismo, el comediante, que aparece bello como un sol, con una cara que hace pensar en un retrato. La visita concluye melancólicamente.

En casa se hacen ejercicios con traje de época. Wenzel intenta representar *Hamlet* en el desván. Ferdinand, en *Intrigas y amor*, le sale naturalmente. El espejo sirve para comprobar si uno es capaz de dar al rostro rasgos y caracteres diversos. A menudo se lleva el cabello desordenado porque es más pintoresco y simula un poquitín de consuelo. Wenzel se anuda también en torno al cuello duro retales de seda cortados por él mismo, que visten bien y retrotraen un siglo entero en el tiempo. Uno escala montañas, y las hermosas y redondas praderas que la naturaleza ha modelado graciosamente sirven de escenario. Alrededor hay abetos, arriba está el cielo, y en el centro, el actor en ciernes Wenzel. Un buen día entrará a formar parte de la Asociación Dramática de Twann y alrededores.

Un doctor en literatura y redactor del *Express* dirige la operación. Wenzel lo encuentra seco y presuntuoso. Los ejercicios se realizan en una sala muy bien iluminada, y el doctor le va corrigiendo la dicción. También hay allí una heroína, llamada Fräulein Sturm, y una divertida anciana que tiene veinte años y una nariz roma y se llama Fräulein Knuchel. También ella hubiera preferido el género trágico, pero sus penas hicieron reír a todo el mundo y la destinaron a la comedia. A Wenzel le encomiendan copiar los distintos papeles de *Niklaus Leuenberger*, un drama histórico cuyo manuscrito se lleva a casa.

Una noche, después de la cena, su padre quiere arrojarlo al fuego. Wenzel defiende el manuscrito como un león, lo cubre con mano protectora y exclama: «¿Acaso eres un bárbaro, padre, que quieres destruir las obras de escritores famosos y tirarlas a la estufa? ¿Qué mal

te han hecho estas pobres y hermosas páginas? Dame más bien palizas, si tanto te indigna una ocupación que, al parecer, no eres capaz de valorar, sino sólo de odiar. ¿Crees que abandonarías mis proyectos por el hecho de que tú cometes un acto de rabia e insensatez? ¿Qué te propones? Abofetéame, pero no pongas la mano sobre esta obra literaria cuya conservación me es sagrada. Además, copiando gano dinero. ¿Cómo puede uno ensañarse con un inocente poema dramático al punto de desear destruirlo? Harías mejor en quitarme de la cabeza las ideas que pululan en ella, pero ¿cómo hacerlo sin rompérmela de un golpe? Has de saber, padre, que quería ser actor y aún hoy sigo queriéndolo. ¿De qué me sirve el afecto paterno si sólo es capaz de odiar aquello que me es más caro e importante en el mundo, y encima se empeña en aniquilarlo? ¿Cómo podré curarme de la fiebre que me abrasa con métodos tan poco apropiados como los que te permites aplicar? ¿Y cómo puede alguien pensar que el amor por el arte no es más que una fiebre? ¡Y aunque lo fuera! Tus ataques jamás podrán convencerme de la nocividad de este mal; para ello tendrías que tratarme con mucho menos pasionalismo. Pasión contra pasión, enfermedad contra enfermedad. Sí, me tomo la libertad de llamar fanatismo a la fogosidad con que te empeñas en asfixiar con manos y puños la educación superior a la cual me he entregado. Si es una insensatez lo que me inflama, algún día me mostrará su verdadera voz y figura, y yo renunciaré a la idea de hacer arte y quedaré desconsolado. Tu comportamiento, querido padre, no me hace infeliz, sino que me enfurece, y ahora permíteme abandonar la habitación y el escenario de esta desagradable escena y subir a mi desván». Así termina un enconado ataque contra un manuscrito teatral.

Una segunda escena tiene lugar poco después, de forma mucho más suave, pero tanto más dolorosa. El lugar de la acción es la cocina. Wenzel ayuda a su hermana Mathilde a secar la vajilla. Ella le dice: «Oh Wenzel, no creo demasiado en tu talento. Piensa sólo en el distinguido joven amante que es Von Müller. ¡Qué pajarraco tan burdo y corriente eres tú a su lado! ¡Qué modales los tuyos! ¿Crees acaso que con el poquito de entusiasmo que tienes podrías acceder al mundo de las tablas? ¡Mírate un poco! ¿O crees que podrías lucirte en el gran mundo con tu par de papeles en la María Estuardo, o Mortimer, o como se llame el caballero, que declamas siempre mientras te lustras los zapatos? No logro imaginármelo. ¿Has llevado alguna vez guantes? Eres demasiado tímido para este tipo de cosas. Ni siquiera eres capaz de abrir la boca cuando vienen mis amigas, ¡imagínate en un escenario abierto y ante los ojos de medio mundo! Puede que esto sea sencillísimo para otros, pero para ti es difícil, créeme. Mejor escribe poemas».

Wenzel replica: «Sé perfectamente lo torpe e inmaduro que soy. Pero creo que en cuestiones de arte no siempre es importante la cara dura. ¡Qué artistas pueden ser esos ilustres amantes más o menos jóvenes con los que te llenas la boca, esos Von Beck y Von Müller y Von Almen! Pronto podré yo hacer lo mismo que ellos. Ciertamente es que tienen una presencia muy brillante en el escenario, y son de una desfachatez sin igual en el mundo. Tendría que correr mucho tiempo detrás de ellos sólo para alcanzarlos, ya que no superarlos. Lo cual es muy triste. Aunque si

pretendes que haga poesías en vez de aficionarme a bellas obras dramáticas, no me quedará más que agradecerte».

La Asociación Dramática pone en escena una obra de Schönthan. Wenzel debe interpretar el papel del lacayo de un príncipe que, entre otras cosas, ha de soportar una bofetada. No, no puede interpretarlo, es demasiado penoso. La ofensa es excesiva. El día del estreno, por la tarde, busca refugio en las montañas. Sopla un viento frío, impetuoso, los altos abetos se cimbrean e inclinan; ¡qué hermoso y natural es todo eso comparado con un lacayo que aguarda ser abofeteado! No participa en el montaje, aquello es demasiado tonto, demasiado destructivo, demasiado abyecto, no puede. «¿Es éste mi amor por la escena?», piensa Wenzel, «¿es esto amor?». El papel no le parece suficiente, y entonces se pregunta si aquello no será la prueba de su incapacidad para salir a un escenario. Su conciencia le dice: «El amor y las pasiones lo soportan todo, hasta una bofetada».

Dos meses más tarde aparece Wenzel en una gran ciudad lejana; se gana la vida en una agencia de transportes, cobra un sueldo, ahorra y recibe clases regulares de un actor hábil y reconocido. Por fin empezarán a funcionar las cosas. Hace ejercicios con los pulmones, la lengua, los labios y la respiración, y aprende a pronunciar debidamente vocales y consonantes. Está impresionado por la forma tan metódica con la que progresa el aprendizaje, y el actor le dice: «Ya va haciendo progresos». En aquel momento, el maestro y educador recibe la siguiente carta del padre de Wenzel:

Al actor Jank:

Le está usted dando clases a mi hijo. La noticia me ha llegado, muy a pesar mío, a través de unos parientes que viven allí y, al parecer, le dan comida y alojamiento a Wenzel, ese descastado. No lo haga, debe usted dejarlo todo inmediatamente. Bastantes líos he tenido ya con mi hijo. Lo triste es que usted, a quien el muy tunante ha sabido aproximarse, no lo haya enviado a pasear en seguida, sino que, según me dicen, lo apoya en su fe y su predilección por cosas que, a mis ojos y a los de muchos otros que llevan una vida seria y tranquila, han pasado siempre por indecorosas. Sólo faltaría ahora que mi hijo, retoño de padres honestos y burgueses, acabe integrándose a alguna banda de cómicos de la legua y tenga que contarse entre aquellos jovenzuelos que consideran bueno y permitido el oprobio en el cual viven y se revuelcan. Puedo imaginar que tal vez le venga bien ganarse un dinero suplementario dando lecciones, pero la enseñanza que usted y los de su condición imparten es perjudicial, es algo pecaminoso, que incide negativamente en la moral y el carácter. Ignoro quién es usted, pero me basta con la sensación de que pertenece a esa especie de hombres carentes de posición en el mundo, cuya actividad no es digna de confianza y cuya forma de vida es profundamente desordenada. He insinuado a qué clase de gente supongo que pertenece. Wenzel es un gandul y merecería quedarse a su lado. Pero tal vez le quede a usted, señor actor y comediante, un último

resto de honor, y, tras leer estas palabras, haga rodar escaleras abajo a ese sinvergüenza, de lo contrario pediré rápidamente ayuda a la policía.

Atentamente,

el padre de Wenzel.

Y así concluyen las benditas lecciones. El primer actor dice a Wenzel: «Ya ve qué tipo de hombre es su padre. Podría denunciarlo si quisiera, pero no lo haré. Sus ofensas no me hacen mella, y con eso basta. Sobre nosotros, los artistas, tiene la opinión de un burgués limitado, y cabe preguntarse cuál de los dos es mejor ciudadano y está más dispuesto a contemporizar, si yo o su padre».

Wenzel vuelve a casa y cubre de reproches a las tías con las cuales vive. Les dice: «¿Por qué os mezcláis en mis proyectos y miras artísticas? Ahora mismo me iré de aquí, ¿entendido? Las buenas *crêpes* de mermelada que uno come aquí no son motivo suficiente para dejar que le corten o interrumpan sin más ni más las relaciones con gente tan estupenda como el buen primer actor. Por mí ya os las podéis comer vosotras. Soy lo suficientemente adulto como para comer en el restaurante y vivir donde me plazca. Como primera medida, me iré. Y tampoco me quedaré mucho tiempo en esta ciudad. Se me han ido las ganas».

En efecto, Wenzel viaja poco después. Guarda en su maletín de mano sus aspiraciones de ser actor, y tampoco olvida a sus clásicos. Viaja a Suabia. Y allí le dijeron un buen día la verdad pura y simple: «Joven, cualquiera que sea su origen, más o menos burgués, lo que a usted le falta es la chispa divina».

Paganini. Variación

La sala de conciertos estaba repleta hasta los topes cuando Paganini salió al escenario, violín en mano, y empezó a tocar sin el menor preámbulo ni ceremonia, abandonando su alma a la libre improvisación. Jamás sabía previamente qué cosa y cómo iba a tocar; tampoco interpretaba como si debiera o quisiera hacer música para un respetable público. No, tocaba como para sí mismo o para nadie; tocaba a su aire y, en cuanto empezaba, se olvidaba de que estaba tocando.

También aquella vez fue así, aquella vez que en la sala había príncipes y princesas deseosos de escucharlo, él, ignorando por completo dónde estaba, tocó como si estuviera tocando para nadie.

Pero justamente por eso tocaba tan bien. Tocaba como si él fuera el esclavo de su interpretación mágica, y ésta el demoníaco mago. El demonio no era tanto él mismo como la interpretación y sólo ella, y él, el intérprete, era el sojuzgado, por eso tocaba como si fuera la pálida luna de plata que se hunde en las negras y profundas aguas de la medianoche; como si fuera una estrella fugaz en un cielo oscuro y silencioso; como si fuera la palabra en la boca del amante que habla con su amada; como si fuera un ruiseñor incapaz de renunciar al placer de gemir y lanzar dulces suspiros; como si fuera un altivo y fogoso caballo que galopara a la batalla; como si fuera un guerrero herido en el combate y debiera morir de sus heridas; como si volviera a ser una doncella de dieciséis años que soñara con amores; como si fuera un beso dado y recibido por dos pares de bellos labios febriles y temblorosos que se prolongara muchísimo; como si dos que se amaran sin remisión tuvieran que separarse cruelmente para siempre, languideciendo mucho tiempo en su último y solemne beso.

Así tocaba, y a los oyentes les venían lágrimas a los ojos. El más perverso de los libertinos o de los canallas era abrumado por ternuras a cuyo encanto no podía resistirse; los hombres olvidaban que eran hombres y se entregaban por completo al goce de lo que escuchaban y experimentaban, y las mujeres se sentían besadas y abrazadas por un amante imaginario que, todo él caricias, se precipitaba sobre ellas con sobrenatural voluptuosidad.

Así tocaba. Igual que un ángel tocaba, y muchos oyentes se tapaban la vista para mirar con otros ojos, interiores, el reino del alma, del amor y la radiante belleza. Pero a menudo echaba también truenos y relámpagos como la tempestad que se desata retumbando, silbando y ululando violentamente; el iracundo trueno resonaba entonces lleno de odio, y un cielo negro y cargado de cólera y de tinieblas se abatía sobre la sala de conciertos, mientras el rayo atravesaba bruscamente el espacio con sus líneas zigzagueantes, de airada y terrible belleza. Un instante después se perdía en armonías dulces, soleadas, áureas, y la

gente creía haber llegado al cielo y que todo alrededor era azul de alegría, bondad y amor. Era esto una especie de amor que lo abarcaba todo, algo así como abandonarse a toda suerte de bienaventuranzas. La música de Paganini se asemejaba muchas veces a una prédica de sublime belleza, y los creyentes más severos seguían de buen grado sus conciertos, que contenían un torrente de fuego religioso. También aquella vez tocó como un predicador de la palabra de Dios; pero eran sonidos, no palabras, y la boca con la cual hablaba era su violín, al que arrancaba todo un universo sonoro. Tan pronto gemía como se henchía de júbilo, o bien llameaba como el fuego o se derretía como nieve suave y húmeda bajo el beso del sol. De repente era el mar, luego volvía a parecerse a una flor casta y tímida, pero siempre era auténtico y grande y tocaba sin ceremonias ni rodeos. La música era para él como el fluir de la vida misma, ¿cómo hubiera podido ser vanidoso? Sufría bajo el yugo del arte, que era su dulce e inexorable amo, la roca que debía escalar, la resistencia que debía vencer, el cielo que tenía que expugnar y conquistar siempre de nuevo.

También aquella tarde fue así: vivía cuando tocaba y sólo era un ser humano cuando daba conciertos. Todos sus oyentes sentían esto. Quien era presa del odio o del tedio empezaba a amar y a rezar en cuanto oía la prodigiosa interpretación que iluminaba las almas como los rayos del sol. La aversión se transmutaba forzosamente en afecto, el mal humor en alegría, el disgusto en placer y la desdicha en dicha. Así hechizaba y embelesaba al público, hechizándose a sí mismo. Hacía aflorar recuerdos y daba vida a cosas muertas y enterradas tiempo atrás; de ahí que quien lo escuchara sólo fuera todo atención, todo oídos.

Y de pronto, como si despertara de un hermoso sueño, dejó de tocar. La gente tuvo entonces la sensación de que mientras tocaba el cielo había estado abierto y ahora volvía a desvanecerse la visión. En silencio levantáronse de sus asientos y se encaminaron a sus casas.

La batalla de Sempach

Un día, en el corazón de un cálido verano, una expedición militar avanzaba lentamente por el camino comarcal, recubierto de polvo, de la región de Lucerna. El brillante sol, a decir verdad más que brillante, reverberaba desde lo alto sobre las oscilantes armaduras que cubrían cuerpos humanos, sobre caballos oscilantes, yelmos y fragmentos de caras, sobre cabezas y colas de caballos, sobre ornamentos, penachos y estribos grandes como botas de nieve. A derecha e izquierda de aquel reluciente ejército se extendían praderas con miles de árboles frutales hasta unas colinas que hacían señales desde la borrosa lejanía azulina, como escenarios pintados con mano cauta y ligera. El calor de la mañana era opresivo, un calor de pradera, un calor de hierba, heno y polvo, pues el polvo removido se elevaba en nubes densas que, a ratos, parecían querer envolver partes enteras del ejército. La compacta cabalgata avanzaba con indolencia, arrastrándose y pisando pesadamente; unas veces parecía una larga serpiente iridiscente, otras, una lagartija de dimensiones monstruosas, y a ratos también un gran trozo de paño ricamente bordado con figuras variopintas y arrastrado con solemnidad, como suelen arrastrar las colas de sus vestidos ciertas damas altivas y ya entradas en años. En toda la forma de actuar de aquella tropa ondulante, en aquel ruido de pisadas y retintines metálicos, en aquel fragor bello y desdeñoso había algo sumamente «personal», algo desfachatado y muy seguro de sí, algo capaz de echar por tierra y apartar perezosamente a un lado cuanto hallara a su paso. Todos esos caballeros mantenían entre sí alegres disputas verbales en la medida en que lo consintieran sus bocas de hierro; se oían carcajadas que armonizaban perfectamente con el ruido chillón que producían las armas, cadenas y colgaduras de oro. El sol matinal parecía acariciar aún ciertas piezas de hierro o de metal más fino, y el sonido de los pífanos volaba hacia el sol; de rato en rato, alguno de los muchos siervos que iban a pie alcanzaba a su señor un exquisito bocado en la punta de un tenedor de plata, elevándolo hasta la vacilante silla de montar. Se bebía furtivamente vino, se consumían volátiles, y lo que no era comestible se escupía con una jovialidad ligera y despreocupada, pues no era aquella una guerra seria entre caballeros, sino una expedición punitiva que incluía estupros, cosas cruentas, ultrajantes, teatrales; así pensaban todos, y cada cual veía ya el montón de cabezas cortadas que habrían de teñir con sangre la pradera. Entre los jefes del ejército había algunos jóvenes nobles espléndidamente ataviados, que cabalgaban como ángeles varones recién bajados de un cielo azul e incierto. Más de uno se había quitado el yelmo para estar cómodo y se lo había entregado a un bagajero, dejando al aire libre un rostro bella, y extrañamente dibujado por la inocencia y la altivez. Se contaban las últimas bromas y se comentaban las historias más recientes de damas galantes. Quien permanecía serio era objeto de burlas; una cara pensativa parecía entonces algo indecoroso e indigno de un caballero. Los cabellos de los jóvenes que se habían quitado el yelmo brillaban y

olían a ungüentos, aceite y agua perfumada, que ellos mismos se habían echado como si se dirigieran a ver a alguna dama coqueta para entonarle deliciosas canciones. Las manos que se habían despojado de los guanteletes de hierro no parecían manos de guerrero, sino que más bien se veían cuidadas y mimadas, finas y blancas como manos de doncella.

Solamente uno permanecía serio en el festivo cortejo. Ya su aspecto exterior, una armadura negrísima punteada por una filigrana de oro, indicaba cómo pensaba el hombre al cual recubría. Era el noble duque Leopoldo de Austria. Aquel hombre no decía palabra; parecía totalmente absorto en graves pensamientos. Su rostro se asemejaba al de un hombre importunado por una insolente mosca que revolotease en torno a sus ojos. Esa mosca podría haber sido un mal presentimiento, pues en su boca aleteaba permanentemente una sonrisa triste y despreciativa; llevaba la cabeza gacha. Por más alegre que luciese, la tierra entera le parecía tronar y retumbar airada. ¿O era sólo el estrépito de las cabalgaduras que en ese momento cruzaban un puente de madera? Sea como fuese: cierta aura funesta se cernía atrozmente en torno a la figura del duque.

En las proximidades de la pequeña ciudad de Sempach hizo alto el ejército; eran cerca de las dos de la tarde. Quizá fueran las tres; a los caballeros les era indiferente la hora; por ellos podían ser las veinte; también les hubiera parecido bien. La gente se aburría ya atrozmente y encontraba ridícula cualquier medida combativa, por ínfima que fuese. Fue un momento de abulia y aturdimiento; aquel apearse de las sillas para ocupar posiciones parecía una maniobra simulada. Las risas dejaron de oírse, ya habían reído bastante; se impuso una lasitud, un bostezar general. Hasta los corceles parecían comprender que ahora sólo se podía bostezar. La servidumbre de a pie refocilóse con los relieves de las comidas y los vinos, bebió y devoró lo que aún quedaba por beber y devorar. ¡Qué absurda les parecía a todos aquella campaña militar! Y esa ciudadela de pobres diablos que aún resistía: ¡qué cosa más necia!

De pronto, en medio de aquel terrible calor y aburrimiento, se oyó resonar un cuerno. Un extraño anuncio que hizo aguzar unos cuantos oídos más atentos: ¿qué será aquello? Escucha: otra vez. Ya sonaba otra vez, en efecto, y todos hubieran dicho que ahora había sonado a mucha menos distancia. «¡No hay segunda sin tercera!», musitó un bromista fatuo: «¡Vuelve a sonar, cuerno!». Pasó un rato. La gente estaba un tanto pensativa; y súbitamente, como si aquello se hubiera puesto alas y cabalgase sobre monstruos fogosos, llameando y urlando, se dejó oír nuevamente un grito prolongado, terrible: «¡Ya llegamos!». Era, de hecho, como si un mundo infernal sintiera de pronto ganas de atravesar la dura tierra. El sonido evocaba un oscuro abismo recién abierto, y casi se hubiera dicho que el sol brillaba desde un cielo tenebroso, más incandescente aún, más deslumbrante, pero como desde un infierno, no desde un cielo. Aún se oyeron risas; hay momentos en que el hombre considera un deber sonreír mientras lo invade el terror. El estado de

ánimo de un ejército de muchos hombres no es, en definitiva, muy distinto del de un hombre solitario. En medio de aquel calor sofocante y blanquecino, el paisaje entero parecía un ulular solo y continuo: se había convertido en el sonido de un cuerno. Y en cosa de un instante, la turba de hombres precedida por aquel aullido precipitóse en el espacio sonoro, como si hubiera surgido de una brecha. El paisaje no tenía ya contornos; el cielo y la tierra estival se habían diluido en un todo compacto; al desaparecer, la estación del año se había vuelto una mancha, una sala de armas, una arena de combate, un campo de batalla. En una batalla sucumbe siempre la naturaleza, ya sólo domina el azar, el entrevero de las armas, la hueste popular contra la otra hueste popular.

Furiosa, al parecer, la hueste popular que avanzaba velozmente se fue acercando. Y la hueste caballeresca tomóse firme y compacta, como si se hubiera fusionado de un momento a otro. Individuos de hierro sostenían ahora sus lanzas en forma tal que hubiera sido posible pasearse en calesa sobre aquel puente de lanzas; así de apretados formaban los caballeros, apuntando obtusamente hacia delante con sus lanzas, una pegada a la otra, inmóviles, inamovibles, justamente lo preciso para que, como quien dice, aquellos pechos humanos que avanzaban pudieran quedar ensartados al precipitarse contra ellas. Aquí una absurda pared de púas, allí hombres con camisas que los cubrían a medias. Aquí un arte bélico del tipo más limitado, allí hombres animados por una cólera impotente. Y de pronto uno de ellos, luego otro y otro, se fueron lanzando temerariamente sobre aquellas puntas de lanza para poner fin a tan repugnante desgana, como locos furiosos, impelidos por la ira y el furor. Claro está que caían a tierra sin rozar siquiera con su arma de mano a ninguno de los férreos mocetones de yelmo y penacho, sangrando penosamente por el pecho, quedando unos sobre otros, hundida la cara en el polvoroso excremento dejado ahí por los nobles corceles. Eso les ocurrió a todos aquellos hombres casi desnudos, mientras las lanzas, enrojecidas por la sangre, parecían sonreír con sarcasmo.

No: no había nada que hacer; en el bando de los «hombres» se planteó la necesidad de recurrir a una estratagema. Enfrentados al arte, se hacía necesario el arte o alguna idea sublime; y esta idea sublime surgió de inmediato en la figura de un hombre de elevada estatura, extrañamente, como impulsada por algún poder sobrenatural, y dijo a sus compatriotas: «Cuidad de mi mujer y de mis hijos, que yo os abriré una brecha». Y, velozmente, para evitar que flaqueara su deseo de sacrificarse, se arrojó sobre cuatro o cinco lanzas arrastrando en su caída varias más, todas las que pudo aferrar, moribundo, y dirigir hacia su pecho, como si aquellas puntas de hierro que logró abrazar y estrechar contra sí mismo hubieran sido pocas y él solo pudiera sucumbir bajo todas, y quedó tendido por tierra y sirvió de puente a hombres que pasaron sobre su cuerpo, pisando la idea sublime que, precisamente, quería ser pisada. Nada podrá asemejarse nunca al fragor ni a la confusión que aquellos ágiles hombres de los valles y montañas, impulsados e inflamados por la furia, sembraron dentro del torpe y pérfido muro, destrozándolo y golpeándolo como tigres que

causaran destrozos en un indefenso rebaño de vacas. Los caballeros ya eran casi totalmente inofensivos a esas alturas, pues, acorralados y escindidos por aquella cuña, apenas podían moverse hacia un lado. Los que iban a caballo eran derribados como muñecos de papel con un ruido similar al de esas bolsas llenas de aire que uno revienta entre ambas manos. Las armas de los pastores demostraron entonces ser terribles, y su vestimenta ligera, la adecuada; tanto más molestas eran, en cambio, las armaduras de los caballeros. Cabezas que sólo parecían rozadas por los golpes no tardaban en quedar, poco después, destrozadas. La gente no paraba de golpear y derribar caballos, la rabia y la violencia iban en continuo aumento, el duque resultó muerto: hubiera sido un milagro que no lo mataran. Los que repartían golpes, acompañábanlos con gritos como si debiera ser así, como si matar fuera una forma demasiado insignificante de aniquilar, algo hecho sólo a medias.

Calor, vapores, olor a sangre, excremento y polvo mezcláronse con los gritos y rugidos hasta formar una salvaje e infernal barahúnda. Los moribundos apenas sentían su muerte por lo rápido que morían. A menudo se asfixiaban dentro de sus pretenciosas armaduras de hierro aquellos nobles mocetones. ¿De qué servía ocupar una posición en aquel momento? Cualquiera se habría burlado de ella, de haber podido hacerlo. Un centenar de hermosos nobles se ahogaron en el cercano lago de Sempach; se ahogaron porque fueron tirados al agua como gatos o perros: se agitaban y pataleaban tanto con sus elegantes zapatos de punta que daba vergüenza verlos. La mejor coraza de hierro sólo podía prometer destrucción, y tal promesa se hacía realidad con terrible exactitud. ¿Qué importaba en ese momento poseer, en algún lugar de Argovia o de Suabia, algún castillo, tierras y gente, o tener una bella esposa, siervos, criadas, árboles frutales, campos, bosques, impuestos y los más respetables privilegios? Aquello sólo hacía más amargo y penoso el morir en esas charcas, entre la rodilla estirada de algún pastor enfurecido y un palmo de tierra. Claro que los lujosos corceles aplastaban a sus propios amos en su violenta huida; muchos caballeros que intentaron apearse bruscamente se quedaron colgando en los estribos por sus absurdos zapatos de moda, de suerte que con las nuca sangrantes besaban la pradera, mientras que, antes de apagarse, sus aterrorizados ojos veían arder el cielo sobre ellos como una iracunda llamarada. Ciertamente es que también sucumbieron algunos pastores, pero encima de cada hombre de pecho y brazos desnudos caían otros diez recubiertos de acero y arropados. La batalla de Sempach nos hace ver lo atrozmente absurdo que es arroparse tanto. De haber podido moverse, esos fantoches... pues nada: se habrían movido. Algunos lo hicieron en cuanto lograron liberarse del intolerable lastre que llevaban auestas. «¡Estoy luchando contra esclavos! ¡Qué vergüenza!», exclamó un hermoso joven cuyos rizos amarillentos le caían en cascadas de la cabeza, y, alcanzado en el adorable rostro por un cruel golpe, cayó, mortalmente herido, a tierra, donde mordió la hierba con su boca semidestrozada. Varios pastores que habían perdido sus armas homicidas atacaron al adversario como luchadores en una palestra, de abajo arriba con la nuca y la cabeza, o bien, esquivando los

golpes, se abalanzaban sobre los cuellos de los caballeros y apretaban hasta estrangularlos.

Entretanto había caído la tarde. En los árboles y arbustos ardía la luz crepuscular, mientras el sol se ponía entre las oscuras colinas como un hombre muerto, hermoso, triste. La encarnizada batalla había terminado. En el trasfondo de aquel mundo, los pálidos y blanquísimos Alpes inclinaban su hermosa, fría frente. Ya estaban recogiendo a los muertos; con este fin iban de un lado a otro en silencio, levantaban a los caídos que yacían por tierra y los llevaban a una fosa común que otros habían excavado. Se hacinaron las banderolas y armaduras hasta formar un montón imponente. Dinero y objetos de valor, todo se fue depositando en un lugar determinado. La mayoría de esos hombres fuertes y sencillos eran ahora gente tranquila y bondadosa; contemplaban el precioso botín no sin cierto melancólico desprecio, daban vueltas por los prados, miraban cara a cara a los muertos y les lavaban la sangre cuando sentían curiosidad por ver qué aspecto podían tener aquellos rasgos embadurnados. Al pie de unos arbustos encontraron, por tierra, a dos jóvenes abrazados; en sus rostros, luminosamente juveniles, los labios sonreían aún pese a la muerte. A uno le habían destrozado el pecho; el otro tenía el cuerpo molido a golpes. Todos trabajaron hasta muy entrada la noche; al final buscaron con antorchas. Encontraron a Arnold von Winkelried y se estremecieron a la vista de aquel cadáver. Mientras lo enterraban, esos hombres entonaron con voces oscuras una de sus canciones más sencillas; más pompa no hubo. ¿Para qué hubieran podido servir los sacerdotes? Para rezar y dar gracias a Dios por la victoria obtenida: algo que podía hacerse perfectamente sin tanta luminaria de iglesia. Después volvieron a sus casas. Y al cabo de unos días ya estaban nuevamente dispersos en sus altos valles, trabajando, sirviendo, atendiendo sus asuntos y negocios, proveyendo lo necesario e intercambiando a veces una que otra palabra sobre la batalla que habían vivido; no es mucho. No fueron celebrados (aunque sí, quizás un poquito cuando entraron en Lucerna): poco importa, los días pasaron por sobre todo aquello, pues ya entonces, en el año 1386, debían de ser días duros y austeros, cargados de múltiples preocupaciones. Una gran proeza no anula la penosa sucesión de los días. Y la vida tampoco es que se detenga por un día de batalla; la historia se limita a hacer una breve pausa, hasta que, presionada también por la imperiosa vida, prosigue de prisa su camino.

Diario de un alumno

Como alumno del curso preparatorio debería uno empezar ya a pensar con cierta seriedad sobre la vida. Pues bien: es justamente lo que quiero intentar. Uno de nuestros maestros se llama Wáchli. No puedo dejar de reírme cuando pienso en Wáchli; es realmente divertidísimo. Reparte bofetadas todo el tiempo, pero esas extrañas bofetadas no hacen ningún daño. El hombre aún no ha aprendido a dar buenas bofetadas, de esas que caen en el lugar preciso. Es el ser más bondadoso y divertido del mundo; ¡y cómo lo hacemos rabiar nosotros! Es una canallada.

Nosotros, los alumnos, no somos precisamente gente educada; muchas veces nos falta tino, sentido de la medida y proporción. ¿Por qué desfogaremos nuestro ingenio sobre un personaje como Wáchli?

Tenemos poco valor; mereceríamos que nos dirigiera un inquisidor. Si alguna vez Wáchli está contento y tranquilo, nuestra conducta hace que su buen humor y serenidad se desvanezcan al instante. ¿Es esto justo? No creo. Si está enfadado, nos morimos de risa. Hay gente que es muy divertida cuando se enoja, y Wáchli parece formar parte de esta especie. Muy raras veces se sirve de la palmeta; es muy raro que se enfade al punto de tener que echar mano de tan odioso recurso. Es gordo y grande, y su cara tiene un tono purpúreo. ¿Qué más puedo decir del tal Wáchli? En líneas generales, me parece que se equivocó de profesión. Hubiera debido ser apicultor o algo así. Me da lástima.

Blok (así se llama nuestro maestro de francés) es un hombre alto y esmirriado, de carácter poco simpático. Tiene labios gruesos, y también sus ojos podrían calificarse de gruesos e hinchados; se parecen a los labios. Es de palabra fácil y maligna. Algo que yo detesto. En general soy un alumno muy bueno, pero con Blok sólo consigo registrar fracasos. Lo cual se debe, claro está, a que este hombre me quita las ganas de estudiar. Hay que ser un individuo insensible para gozar del aprecio y el respeto de Blok. Nunca pierde los estribos. Qué ofensivo es para nosotros, los alumnos, sentir que somos absolutamente incapaces de hacer rabiar a semejante alma de cántaro. Parece una figura de cera y eso es ya siniestro y pavoroso. Seguro que tiene un carácter horrible y lleva una vida familiar atroz. Dios nos libre de tener un padre así. Mi padre es una joya: lo siento con particular intensidad cuando observo a Blok, que está siempre muy tieso, como si fuera mitad de madera y mitad de hierro. Cuando alguien no sabe nada en su clase, él lo pone en ridículo. Otros maestros al menos se enfurecen, lo cual nos hace bien, porque nos lo esperamos. Una indignación sincera causa buena impresión. Pues no, el tal Blok permanece allí, gélido, y reparte elogios o críticas. Su elogio es pringoso, pues no lo estimula a uno en absoluto; y con sus críticas nadie sabe qué hacer, porque salen de una boca totalmente seca e indiferente. Con Blok uno maldice la escuela. Y tampoco es un buen maestro. Un maestro que no logra excitar los

ánimos... Pero ¿qué cosas estoy diciendo? El hecho es que Blok es mi maestro de francés. Es triste, pero es un hecho.

Neumann, llamado Neumeli: ¿quién no se moriría de risa al oír hablar de este maestro? Neumann es nuestro profesor de gimnasia y, al mismo tiempo, de caligrafía; tiene pelo rojizo y facciones agudas, tenebrosas y atormentadas. Tal vez sea un hombre muy, muy desdichado. Siempre anda hecho una furia. Lo tenemos en nuestras manos, lo dominamos por completo. Las personas como él no inspiran ningún respeto, si acaso miedo, cuando parecen perder el juicio de pura cólera. Es incapaz de controlarse siquiera mínimamente, y más bien parece que en cualquier ocasión, por insignificante que ésta sea, enterrará todos sus sentimientos en un agujero: la ira. Ciertamente es que le damos motivos para ello. Pero ¿por qué tiene ese pelo rojizo tan ridículo? ¿Y esos increíbles modales de gurrumino? Uno de mis condiscípulos se llama Junge; quiere ser cocinero, dice. Este Junge tiene un trasero fabulosamente bien formado. Cuando flexiona el tronco, el trasero se le manifiesta aún más aparatosamente. Y entonces nos reímos, y Neumann odia a muerte la risa. La verdad es que esas risotadas compactas y estridentes de toda la clase no dejan de ser algo abominable. Cuando una clase entera rompe a reír de ese modo, ¿a qué medios debe recurrir un maestro para calmarla? ¿A la dignidad? De nada le serviría. Un Neumann no tiene el menor asomo de dignidad. Me encanta la hora de gimnasia y quisiera besar al querido Junge. Es tan agradable reírse a más no poder. Con Junge soy muy atento; lo quiero mucho. A menudo salgo a pasear con él, y entonces hablamos de la vida seria que nos espera.

El director Wyss es una figura arbórea de porte soldadesco. Le tenemos miedo y respeto, dos sólidos sentimientos que son un pelín aburridos. Ahora ya no logro imaginarme ningún director de curso preparatorio que no se parezca a nuestro director Wyss. Además: sabe dar unas palizas de órdago. Lo sienta a uno en sus rodillas y lo muele a golpes, aunque no bárbaramente. Las palizas de Wyss tienen algo reglamentario; mientras uno disfruta de esos golpes, tiene la agradable sensación de que es un castigo racional, justo. No hay en él nada terrible. Un hombre capaz de vapulear tan magistralmente ha de ser, en cierto modo, humano. Yo también lo creo.

Una figura singularísima y un raro ejemplar de maestro es, en mi opinión, Herr Jakob, el profesor de geografía. Parece un ermitaño o un viejo poeta meditabundo. Tiene más de setenta años y un par de ojos grandes, luminosos. Es un viejo hermoso, espléndido. La barba le llega hasta el pecho. ¡Cuántas cosas no habrá ya sentido y padecido aquel pecho! Yo, como alumno, debo esforzarme, sin quererlo, por vivir mentalmente algo similar. Es horrible pensar a cuántos jóvenes les habrá inculcado este hombre la noble geografía. Y muchos de esos jóvenes son ahora personas adultas; se hallan hace tiempo a mitad de la vida, y más de uno quizás haya podido utilizar sus conocimientos geográficos. En la pared, muy cerca del viejo Jakob —a quien dicho sea de paso llamamos Kobi—, cuelga un mapa, de suerte que tampoco resulta ya posible imaginarse a Jakob sin el mapa respectivo. En él se

puede ver una Europa desgarrada, variopinta y multiforme, la grande y vasta Rusia, la siniestra e interminable Asia, el gracioso Japón, parecido a un ave de hermosa cola, una Australia arrojada al mar; India y Egipto y África, que hasta en el incorpóreo mapa evoca algo oscuro e inexplorado, luego Norte y Sudamérica y los dos misteriosos Polos. Sí, debo decir que amo apasionadamente la clase de geografía; su estudio no me produce ningún esfuerzo. Es como si mi mente fuera la de un capitán de barco: ¡tan parejamente avanza! ¡Y qué bien sabe el viejo Jakob animar esa hora intercalando aventuras leídas o vividas por él mismo! Sus viejos y grandes ojos bailan luego elocuentemente de un lado a otro y uno tiene la impresión de que este hombre conociera todos los países y mares de la Tierra por haberlos visto en persona. En ninguna otra hora lectiva participa con tal ímpetu nuestra fantasía de alumnos. En ella vivimos algo cada vez, escuchamos y nos estamos quietos; es comprensible: nos habla un hombre mayor y experimentado, lo cual atrae nuestra atención de forma totalmente espontánea. Por suerte, aquí en el curso preparatorio no tenemos maestros muy jóvenes. Sería intolerable. ¿Qué puede transmitir y despertar un hombre joven que acaba de abrir los ojos a la vida? Un hombre así sólo puede impartir conocimientos fríos y superficiales, o bien ha de ser una rara excepción y saber fascinar con su sola presencia. Ser maestro es, en cualquier caso, difícil. ¡Dios mío, con lo exigentes que somos nosotros, los alumnos! ¡Y lo detestables que realmente somos! Hasta del pobre Jakob nos burlamos a veces. Y él se pone hecho una furia; y no conozco nada más sublime que la cólera de aquel viejo maestro de escuela. Sus frágiles miembros tiemblan todos atrozmente, y después, sin quererlo, nosotros nos avergonzamos de haberlo hecho enfadar.

Nuestro profesor de dibujo se llama Lanz. En realidad, Lanz debería ser nuestro profesor de baile; sabe dar admirables saltitos de un lado a otro. A propósito: ¿por qué no nos darán lecciones de baile? Encuentro que no hacen nada por enseñarnos a actuar con cierta gracia y elegancia. Somos, y muy probablemente seguiremos siendo, auténticos palurdos. Volviendo al profesor Lanz: es el más joven y confiado de nuestros maestros. Se imagina que lo respetamos. Ojalá se vaya al Cielo con esta idea. Por lo demás, no tiene el menor sentido del humor. No es un maestro de escuela, sino un domador; su lugar está en el circo. Pegar es para él, según parece, un placer espiritual. Lo cual es una brutalidad, y nos da pie para hostigarlo y despreciarlo. Su predecesor, el viejo Herr Häuselmann, llamado Hüseler, era un cerdo; un buen día tuvo que dejar la enseñanza. El tal Hüseler se permitía cosas de lo más extrañas. Yo mismo siento aún en mi mejilla esa vieja mano huesuda y repelente con que nos acariciaba a los muchachos durante la clase. Cuando una vez se tomó libertades que ninguna pluma podría describir, fue destituido de su cargo. Y ahora tenemos a Lanz. Aquél era abominable, pero éste es vanidoso y grosero. ¡De maestro nada! Los maestros no deben ser tan pagados de sí mismos.

El más alegre y atrevido de nuestros condiscípulos se llama Fritz Kocher. Este Kocher suele levantarse del banco durante la clase de aritmética, alzar el dedo índice con aire de tontainas y pedir permiso a Herr Bur, el profesor de cálculo, para salir un momento: que está con

diarrea, dice. Bur le responde que ya sabe lo que significa la diarrea de Fritz Kocher y lo exhorta a quedarse tranquilo en su sitio. Los demás nos reímos espantosamente, claro está: y ¡oh prodigio! he aquí un maestro que, simple y llanamente, también se echa a reír. Y, cosa extraña: eso nos infunde casi al instante respeto y simpatía por aquel hombre raro. Pero nuestra risa enmudece en seguida, porque Bur sabe recuperar magistralmente nuestra atención para las cosas serias. Su seriedad profesoral tiene algo que fascina, y creo que eso se debe a que Bur es un hombre de una sinceridad y entereza extraordinarias. Prestamos la máxima atención a sus palabras, pues él nos parece de una inteligencia casi misteriosa; y jamás monta en cólera, todo lo contrario, está siempre vivaz, alegre y despejado; con él sí podemos tener la feliz sensación de que sus obligaciones docentes le resultan placenteras. Lo cual nos halaga muchísimo, y como creemos un deber agradecerle por no haber visto en nosotros unos pegotes que le amargan la vida, nos portamos bien. ¡Qué divertido puede ser cuando se lo propone! Aunque en esos casos también sentimos que sólo por amor a nosotros se transforma un poco, a fin de ofrecernos una diversión inocua, razonable. Nos damos cuenta de que es casi un artista, y de que nos respeta. Es un tipo formidable. ¡Y cuánto se entiende y aprende con él! Es un auténtico placer ver cómo sabe dar forma, sentido y contenido a las cosas más incorpóreas y abstractas. El tal Fritz Kocher, a quien cualquier otro maestro condenaría y perseguiría, le resulta simpático por la increíble picardía de sus ocurrencias. Me parece importante que un hombre tan hábil y experimentado pueda simpatizar con las majaderías de un pilluelo. En Bur tiene que habitar un alma grande y noble. Posee bondad y serenidad. Pero a la vez es muy enérgico. Sabe hacer hábiles matemáticos de casi todos nosotros en un tiempo relativamente breve. Y trata con delicadeza a los más tontos. Jamás se nos ocurriría enfurecer a Bur; basta con verlo aparecer para que ni siquiera lo pensemos.

Herr von Bergen era antes nuestro profesor de gimnasia; ahora es agente de seguros. ¡Ojalá que haga buenos negocios! Sin duda él mismo sintió que no servía para educador. Un personaje elegantísimo. Pero ¿qué le importa a un escolar que los pantalones sienten bien y las americanas sean de vestir? Por los demás, no era malo; sólo le gustaba pegarnos en las «zarpas». El hijo de un carnicero tenía que tenderle siempre su pobre zarpita a Herr von Bergen para recibir sobre ella un enérgico y picante palmetazo. Aún recuerdo, y hasta demasiado bien, cómo aquello me indignaba. En aquel momento me habría gustado cortarle la cabeza a aquel torturador tan bien vestido y perfumado.

Quiero cerrar mi galería de retratos memorables con el doctor Merz. Entre todos los maestros, Merz parece ser el más culto. Escribe incluso libros, circunstancia ésta que no impide a sus alumnos encontrarlo ridículo de vez en cuando. Es profesor de historia y de alemán a la vez; tiene un concepto exageradamente alto de todo lo que es clásico. Pero clásico es también, a ratos, su comportamiento. Lleva botas, como si quisiera ir cabalgando a una batalla; y, en efecto, a menudo se producen auténticas batallas en las clases de alemán. Es pequeño y de aspecto insignificante; si a eso añadimos las botas de montar, no podremos sino

reírnos. «Junge, siéntate. Tienes un cinco». Junge se sienta, y Herr Merz anota un enconado cinco, que desfigura el certificado. En cierta ocasión hasta puso un gran cinco general a toda la clase, y encima gritó: «¿Qué? ¿Os resistís, sinvergüenzas? ¿Os atrevéis a rebelaros contra mí? ¿Moser, eres tú el cabecilla? ¿Sí o no?». Moser, un chico valiente y casi endiosado por nosotros, se levanta de su asiento y dice en un tono rencoroso e indeciblemente divertido que no tolera que le digan cabecilla. Nos morimos de risa, volvemos a despertar de esa hermosa muerte y morimos por segunda vez. Pero Merz parece haber perdido su clásica prudencia; se comporta como un insensato, se lanza desesperadamente contra la pared con su docta cabeza, gesticula con ambas manos y grita: «¡Me estáis envenenando la vida, me indigestáis la comida, me estáis volviendo loco, desgraciados! ¡Confesad que me queréis ver muerto!». Y se tira al suelo cuan largo es. ¡Qué horror! Nadie lo hubiera creído posible. Y nosotros, que le indigestamos y salamos la comida, recibimos de él los más nobles estímulos. Cuando habla de los antiguos griegos, los ojos le brillan tras los cristales de sus gafas. Seguro que cometemos una enorme injusticia al provocarle esos accesos de furia al buen señor. En él se hermanan lo bello y lo ridículo, lo elevado y lo necio, lo excelente y lo deplorable. ¿Es acaso culpa nuestra si el número cinco no consigue insuflarnos ningún terror particular? ¿Estamos acaso obligados a morir de pánico sagrado cuando uno de nosotros debe recitar la *Fortuna de Edenhall* de Ludwig Uhland? «¡Siéntate! ¡Tienes un cinco!». Así van las cosas en la clase de alemán. ¿Cómo irán en la vida que nos aguarda? Es lo que me pregunto.

Una mañana

Hay mañanas en los talleres de zapatería, mañanas en las calles y mañanas en los montes, y puede que estas últimas sean, casi con certeza, lo más bello que existe en el mundo, aunque una mañana en un banco dé mucho más que pensar, decididamente. Supongamos que sea un lunes por la mañana, sin duda la más matinal de todas las mañanas de la semana; el olor del lunes por la mañana se distribuye perfectamente en los departamentos de contabilidad de las grandes instituciones bancarias.

En una de esas salas suele haber diez y quince hileras de escritorios con pasillos para pasar revista, y en cada escritorio doble trabajan un par de personas. Se suele hablar de pares de zapatos, ¿por qué no sería correcto hablar, en ciertos casos, de pares de personas? En un punto más elevado de la sala se halla el escritorio del jefe. El jefe de sección es una especie de grueso saco con una cara monstruosa sobre las espaldas. La cara, que encaja directamente en el tronco sin necesidad del añadido de un cuello, es de un rojo ígneo y parece estar siempre nadando. Son las ocho y diez; el jefe Hasler sobrevuela el local con unas cuantas miradas bien dirigidas para controlar si ya están todos. Faltan dos, y son, una vez más, cómo no, Helbling y Senn.

En ese momento crucial entra precipitadamente, tosiendo y jadeando, el contable Senn, un hombre macilento y espigado. Hasler conoce esa tos, es simple y llanamente una forma de pedir excusas. Cuando la gente es demasiado orgullosa y testaruda para abrir la boca y disculparse como es debido, suele toser. Con frenética celeridad hunde Senn la nariz en sus libros y hace como si ya llevara varias horas absorto en su trabajito. Han vuelto a pasar diez minutos. Son las ocho y veinte. «Algo francamente inaudito», piensa Hasler, y en ese momento entra Helbling.

Totalmente «alunesado», pálido y con expresión confusa, vuela como una flecha a su puesto. Claro que... al menos hubiera podido disculparse. Arriba, en el estanque de Hasler —me refiero al cerebro—, emerge como una rana verde la siguiente idea: «Francamente, esto ya se pasa de castaño oscuro». Se dirige en silencio hacia Helbling, se para detrás de él y le pregunta por qué no puede llegar a la hora, como los demás. Es algo que, francamente, lo llena de asombro. Helbling no replica palabra, se ha acostumbrado hace ya tiempo a dejar sin respuesta las preguntas de su jefe. Hasler regresa a su casi atalaya, desde la cual dirige el departamento de contabilidad.

Las ocho y media. Helbling saca su reloj de bolsillo para comparar su cara con la del gran reloj de la oficina. Suspira, sólo han transcurrido diez pequeños, minúsculos, delgados, tiernos y puntiagudos minutos, y ante él tiene varias gruesas y corpulentas horas. Intenta probar si es capaz de hacerse a la idea de que ahora debe trabajar. La prueba falla,

pero al menos ha modificado un poco la cara del reloj. Se han desvanecido otros cinco gráciles y entrañables minutos. Helbling ama los minutos que han transcurrido, pero odia, en cambio, los que aún han de venir y los que le dan la impresión de no querer avanzar como es debido. Querría pegarles a esos minutos perezosos. Mentalmente muele los minutereros a golpes. Al horario ni se atreve a mirarlo, pues tendría motivos para temer que se desmayaría.

En fin, una mañana en un Banco, un mundo entre escritorios. Fuera brilla el sol. Pero ahora Senn se acerca a la ventana, ya tiene bastante, como suele decir, y con un brusco gesto de protesta abre los dos batientes para que entre aire. Que el tiempo no estaba como para abrir ventanas, observó Hasler a Senn desde lo alto. Éste se vuelve y dirige a su jefe unas palabras que sólo podría permitirse un empleado o funcionario con muchos años de servicio. Pero Hasler ya está hasta las narices y pide al otro que no emplee «ese tono». Con ello se zanja el incidente, la ventana vuelve a cerrarse suavemente hasta la mitad, Senn murmura unas palabras para sus adentros y la paz reina por un rato.

Las nueve menos cinco. Con qué horrible lentitud pasa el tiempo para Helbling. Se pregunta por qué no podrían ser ya las nueve, sería al menos una hora, tras lo cual habría aún más que suficiente. Se ensaña con esos cinco minutos hasta que al final pasan y el reloj da las nueve. Cada campanada del engranaje es acompañada por un suspiro de la boca de Helbling. Éste se saca el reloj de bolsillo, que también marca las nueve, y esta doble confirmación lo entristece. «La verdad es que no debería mirar tanto el reloj, no debe ser muy sano», piensa mientras se acaricia el bigote. Esto lo advierte uno de sus colegas, el Meier del campo, que se vuelve hacia el Meier de la ciudad y le dice en voz baja: «¿No es una vergüenza que Helbling esté otra vez matando el tiempo?». Al oír esta observación susurrada, un rectángulo de cabezas gira en dirección al bigote que está siendo alisado. No se le escapa este movimiento a Hasler, quien no tarda en advertir lo que ocurre, se dirige en silencio al puesto de Helbling y, para variar, vuelve a pararse detrás de él.

—¿Qué está usted haciendo, Helbling? Y el muy sinvergüenza tampoco responde esta vez. «Tenga la bondad de contestarme cuando le pregunto algo. ¡Vaya comportamiento el suyo! Primero llega con media hora de retraso (Helbling dice: “No es cierto” y quiere proseguir: “Sólo he llegado veinte minutos tarde”), luego se queda pensando si debe o no trabajar, y por último hasta quiere protestar. Esto no puede seguir así. Enséñeme lo que ha hecho». Y Hasler examina más con la barbilla que con los ojos lo que Helbling acaba de hacer. Ve tres cifras y el esbozo de una cuarta. ¿Es eso todo? Helbling dice que tenía las mejores intenciones de trabajar, pero que mientras no tenga plumas en buen estado le resultará difícil hacerlo. Pues entonces que trate de agenciarse unas plumas, si no le parece mal. Puro pretexto. Y Hasler vuelve nadando a su fortín. Al llegar allí, saca una manzana del escritorio y se monta un segundo desayuno. Helbling aprovecha la ocasión para «ir

rápidamente al servicio». El Meier del campo hace notar a sus colegas la «salida» de Helbling.

Trece minutos enteros —se los calcularon con rigurosa exactitud— permaneció fuera Helbling. Durante todo ese tiempo, unos diez colegas mayores y menores se acercaron, por turno, al escritorio del ausente para observar las tres cifras que constituían su trabajo. Un instante después, todo el departamento de contabilidad se había enterado de que Helbling podía poner a punto tres cifras en una hora; el Meier del campo fue de escritorio en escritorio divulgando la noticia. Uno sale «fuera» para ver qué está haciendo «él». Más tarde, «él» vuelve a entrar.

Entretanto son las nueve y media. Desde fuera llega una bella y límpida voz femenina hasta la sala, al parecer una cantante que está ensayando. Sí, en las proximidades, quizás a dos casas de distancia rumbo a la estación, podría ser. Algunos empleados enderezan la pluma y se abandonan al placer de escuchar. Helbling también parece ser amante de la música. Además bosteza varias veces. Un segundo después se acaricia la mejilla con la palma de la mano para matar otro poco de tiempo. Las caricias duran casi cinco minutos enteros. «Ahora se está acariciando», murmura el Meier del campo al oído del Meier de la ciudad. «Estupenda voz la de fuera», opina Glauser, uno de los que trabajan. La voz de la cantante provoca cierto revuelo en la sala. Hasta el jefe de la correspondencia, Steiner, se pone a escucharla, lo cual no es poco. Sobre esos rellanos de escalera que son los labios de Hasler brilla un resto de zumo de manzana como cera amarilla sobre escaleras auténticas, y él se lo seca con su pañuelo de cuadraditos rojos. «¡Qué hermosa voz llega de fuera! ¡Allí fuera están el aire y la naturaleza!». Así piensa el pequeño Glauser, que tiene talento poético. Helbling se dirige al escritorio de Glauser con la clarísima intención de matar más tiempo con el paseíto. Después de todo, a Glauser también le gusta el cotilleo, aunque sea un ambicioso que todo el tiempo se esfuerza por complacer a Hasler. Con un par de miradas éste hace volver a Helbling a su puesto de trabajo, pero ya se han extinguido otros doce minutos. También el canto se ha extinguido.

Toda aquella gente en la sala no sabe lo que se agita allá abajo, en la calle. Y las olas en el lago cercano, ¿qué hacen?, y el cielo, ¿qué aspecto podrá tener? Tan sólo Senn, el hirsuto y crítico revolucionario, fácilmente proclive a la protesta, se permite sacar un momentito su cabeza al aire fresco. Pero es castigado con un sonido sibilante y prolongado que sale de la cabina del capitán: «¡Habrás visto!». Hasler sacude su parque público o cabeza en señal de desaprobación tras lo cual Senn, para hacerle otra jugada a Hasler, empieza a raspar sus libros con el cuchillo raspador, cosa que el jefe odia a muerte.

¡Las diez! «Apenas la mitad», piensa Helbling con la sensación de reprimir una gran dosis de melancolía. Le entran ganas de chillar en ese mismo instante. ¿Haría bien en ir de nuevo «al lavabo»? No se atreve. Más bien se agacha como si hubiera dejado caer algo, lo cual no es en

absoluto cierto. En esa posición arqueada permanece cuatro largos minutos, como si aquel lapso temporal fuera el necesario para atarse los zapatos o recoger un lápiz. Está de un humor atroz. Empieza a imaginar que son las doce. Cuando dieran las doce dejaría caer la pluma como un peón caminero su pala, y pondría pies en polvorosa, ¡qué delicia! Y mientras se entrega así a sus fantasías, Hasler, para variar, se ha deslizado por detrás para observarlo de cerca.

—¿Qué está usted haciendo?

—Ahora mismo estoy clasificando el material del «extranjero».

—Creo que, francamente, en vez de clasificarlo es más bien usted quien está en el «extranjero». Y si no se pone a trabajar ahora mismo, tomaré otro tipo de medidas. A ver si se avergüenza y hace un esfuerzo. Si todas mis amonestaciones no sirven para nada, hablaré con el señor director. Vaya con mucho cuidado. Y dése por enterado.

Y el caballo de mar vuelve a tumbarse en su banco de arena. La sala entera está agradablemente animada; un conflicto Helbling-Hasler trae siempre consigo un anhelado cambio de aire. Helbling se dirige hasta donde está el Meier del campo y le ruega que lo ayude a controlar las cifras. Acabado el control (¡ojalá saltaran ahora las venas del mundo!), son ya las diez y media. Una solemne banda de instrumentos de metal pasa por la calle; todo el mundo corre a las ventanas, es el cortejo que acompaña al cementerio los restos de un ex consejero federal. Hasta el jefe de la correspondencia, insensible a la mayoría de los acontecimientos, se ha incorporado bruscamente para mirar abajo. Este incidente supone quince minutos abonados en cuenta. Ya son las once menos cuarto. Helbling está medio loco, apoya a cada rato la frente contra el borde del escritorio y se humedece la nariz con tinta para poder consumir tiempo limpiándosela. Se han pulverizado otros diez minutos y ya sólo quedan cuatro encantadores minutillos hasta las once. Esos cuatro minutos transcurren como en un compás de espera, uno tras otro. A las once en punto Helbling sale «nuevamente» al lavabo. Que el muy cara dura ha vuelto a ir al servicio se oye en el centro de la sala. Once y cuarto, once y veinte, once y media.

El pequeño Glauser dice entonces a Senn que ya son las once y media y, según acaba de advertir, Helbling aún no ha escrito una sola raya. El Meier del campo se acerca a Hasler para informarle que aquel día tiene que salir media hora antes por un recado urgentísimo. Helbling se ha girado y presta oído a la conversación. Envidia atrocemente al Meier del campo. Desde la calle llega un ruido de coches que pasan muy deprisa; frente a la sala aparece, en el vano de una ventana, la figura de un criado de casa señorial que está limpiando una alfombra. Helbling se pasa un buen cuarto de hora mirando en esa dirección. Para ponerse a trabajar es ya, en su opinión, demasiado tarde. Senn se dispone a levar anclas, y Helbling observa cómo su compañero se dispone a alzar el vuelo. A las doce menos dos minutos varios empleados se ponen el

sombrero y se cambian de chaqueta; Helbling ya está en la calle, Hasler se marchó cinco minutos antes. La mañana ha sido superada.



ROBERT WALSER (Biel, Suiza, 15 de abril de 1878 - † cerca de Herisau, Suiza, 25 de diciembre de 1956). Novelista, poeta y ensayista, de nacionalidad suiza. Después de abandonar la escuela, trabajó como empleado de oficina, al tiempo que escribía poesía, entre 1898 y 1905, cuando su hermano mayor, pintor e ilustrador, le invitó a vivir con él en Berlín. En esta ciudad escribió tres novelas, *Los hermanos Tanner* (1907), *El ayudante* (1908) y *Jakob von Gunten* (1909), que dan una visión irónica y desapasionada de la vida cotidiana de Berlín. En 1909 regresó a Biel y allí escribió las narraciones cortas recogidas en *El paseo y otros relatos* (1917), pero durante ese periodo sufrió una gran depresión, acompañada de alucinaciones. A pesar de los tratamientos durante dos años, en 1930 se aconsejó su internación en una clínica psiquiátrica de Herisau, donde pasó el resto de su vida. Murió el 25 de diciembre de 1956. Aunque su obra, que incluye además poemas, ensayos y numerosos relatos, fue admirada por otros escritores, como Robert Musil, Walter Benjamin y Franz Kafka, no llegó a un público más amplio hasta finales de la década de los cincuenta.

Notas

[1] Hedwig Wangel (1875-1961), célebre actriz berlinesa. (N. del T.) <<

